



William Shakespeare

Sueño de una noche de San Juan

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

William Shakespeare

Sueño de una noche de San Juan

Dramatis personæ

TESEO, duque de Atenas.

EGEO, padre de Hermia.

LISANDRO y DEMETRIO, enamorados de Hermia.

FILOSTRATO, director de fiestas de Teseo.

CARTABÓN, carpintero.

BERBIQUÍ, ebanista.

LANZADERA, tejedor.

FLAUTA, remiendafuelles.

HOCICO, calderero.

HAMBRÓN, sastre.

HIPÓLITA, reina de las Amazonas, prometida de Teseo.

HERMIA, hija de Egeo, enamorada de Lisandro.

ELENA, enamorada de Demetrio.

OBERÓN, rey de las hadas.

TITANIA, reina de las hadas.

PUCK, o ROBIN EL BUEN CHICO, duende.

CHICHARILLO, TELARAÑA, POLILLA y MOSTAZA, hadas.

PÍRAMO, TISBE, MURO, CLARO DE LUNA y LEÓN, personajes del entremés.

Otras hadas al servicio de sus reyes. Séquito de Teseo e Hipólita

ESCENA: En Atenas y en un bosque contiguo

Acto primero

Escena primera

ATENAS. -EL PALACIO DE TESEO.

Entran TESEO, HIPÓLITA, FILOSTRATO y acompañamiento.

TESEO. -Gentil Hipólita, la hora de nuestras nupcias se acerca ya. Cuatro felices días traerán la luna nueva. Pero ¡oh, cuán lenta me parece en menguar la vieja! Aniquila mis esperanzas como una suegra o una viuda que no acaba de morir y consume las rentas del joven heredero.

HIPÓLITA. -Cuatro días cederán pronto a otras noches; cuatro noches verán pronto volar el tiempo como un sueño, y entonces la luna, semejante a un arco de plata recién curvado en el cielo, alumbrará la noche de nuestras solemnidades.

TESEO. -Ve, Filostrato, prepara a la juventud ateniense para las diversiones; despierta el espíritu bullicioso y vivaz de la alegría; relega la tristeza los funerales; la pálida compañera no conviene a nuestros regocijos. (Sale FILOSTRATO.) Hipólita, gané tu corazón con mi espada y merecí tu amor ofendiéndote, pero me desposaré contigo de bien distinto modo en medio de la pompa, el triunfo y los festines.

Entran EGEO, HERMIA, LISANDRO y DEMETRIO.

EGEO. -¡Felicidades a Teseo, nuestro excelso duque!

TESEO. -¡Gracias, buen Egeo! ¿Qué te trae por aquí?

EGEO. -Vengo, lleno de pesadumbre, a presentaros queja contra mi hija Hermia... Acercaos, Demetrio... Este hombre tiene mi consentimiento para casarse con ella... Acercaos, Lisandro..., pero éste, bondadoso duque, ha hechizado el corazón de mi niña... Tú, tú, Lisandro; tú has compuesto versos para ella y cambiado presentes amorosos; a la luz de la luna has cantado al pie de su ventana con voz engañadora trovas de un amor fingido; y has fascinado las impresiones de su imaginación con brazaletes de tus cabellos, anillos, adornos, fruslerías, caprichos, ramilletes, bagatelas y confites, mensajeros que a menudo prevalecen sobre la inexperta juventud; con astucia has extraviado el corazón de mi hija, convirtiendo la obediencia que me debe en tenaz obstinación. Por tanto, benévolo duque, si aquí, en presencia de Vuestra Gracia, mi hija no consiente en casarse con Demetrio, reclamo el antiguo privilegio de Atenas; como mía que es, puedo disponer de ella, la cual deberá elegir entre la mano de este caballero o la muerte inmediata, conforme a nuestras leyes establecidas para este caso.

TESEO. -¿Qué decís, Hermia? Reflexionad, hermosa doncella. Para vos, vuestro padre debe ser como un dios; el solo autor de vuestras gracias, sí, y el solo para quien sólo sois como una forma de cera por él modelada y sobre la cual tiene el poder de conservar o borrar la figura. Demetrio es un caballero digno.

HERMIA. -También lo es Lisandro.

TESEO. -Personalmente, sí, pero faltándole en este particular la venia de vuestro padre, el otro debe ser el preferido.

HERMIA. -¡Quisiera que mi padre no mirara sino con mis ojos!

TESEO. -Más bien vuestros ojos debieran mirar con su discernimiento.

HERMIA. -Suplico a Vuestra Gracia me perdone. No sé qué secreto me hace atrevida ni en qué grado convenga a mi pudor el abogar por mis pensamientos en presencia de tan augusta persona, pero ruego a Vuestra Gracia se digne comunicarme lo peor que en este caso pueda sobrevenirme si rehúso casarme con Demetrio.

TESEO. -O perder la vida o renunciar para siempre a la sociedad de los hombres. Por tanto, hermosa Hermia, consultad con vuestro corazón, considerad vuestra juventud, examinad vuestras inclinaciones con objeto de saber si, no accediendo a la elección de vuestro padre, podréis soportar el hábito de religiosa y quedar desde luego encerrada en las sombras del claustro a vivir vuestra vida de hermana estéril, entonando desmayados himnos a la yerta y árida luna. Tres veces benditas aquellas que pueden dominar sus pasiones y sobrellevar tan casta peregrinación, pero más dichosa es en la Tierra la rosa cuya esencia destilamos que la que, marchitándose en su tallo virgen, crece, vive y muere en bendición solitaria.

HERMIA. -Así quiero crecer, así vivir y así morir, señor, antes que sacrificar mi virginidad a un hombre cuyo yugo rechaza mi alma y de quien no puedo aceptar la soberanía.

TESEO. -Pensadlo detenidamente; y por la próxima luna nueva -día en que ha de sellarse entre mi prometida y yo el vínculo de eterna compañía- preparaos a morir por desobediencia a la voluntad de vuestro padre, o por el contrario, a casaros con Demetrio, como él desea, o jurar para siempre ante el altar de Diana austeridad y solitaria vida.

DEMETRIO. -Ceded, dulce Hermia, y renuncia, Lisandro, a tu loca pretensión ante la evidencia de mi derecho.

LISANDRO. -Tenéis el amor de su padre, Demetrio; casaos con él y dejadme a Hermia.

EGEO. -¡Insolente Lisandro! Ciertamente que tiene mi amor, y por mi amor le doy lo que es mío. Y pues ella es mía, transmito a Demetrio todos mis derechos sobre ella.

LISANDRO. -Señor: soy tan bien nacido como él y mi posición es igual a la suya. En amor le aventajo; mi fortuna es en todos sentidos tan alta, cuando no superior, a la de Demetrio. Y lo que vale más que todas estas ostentaciones: soy el preferido de la hermosa Hermia. ¿Por qué, entonces, no he de sostener mis derechos? Demetrio -lo declaro ante su rostro- ha cortejado a Elena, la hija de Nedar, y ha conquistado su corazón; y ella, inocente señora, ama, ama entrañablemente, ama con idolatría a este hombre inconstante y desleal.

TESEO. -Debo confesar que ha llegado a mis oídos, y pensaba hablar de ello a Demetrio, pero preocupado con mis asuntos, se me olvidó. Acercaos, pues, Demetrio, y vos también, Egeo; acompañadme: tengo que comunicaros algunas instrucciones particulares. En cuanto a vos, hermosa Hermia, mirad de acomodar vuestro ánimo a la voluntad de vuestro padre, o de lo contrario, a sufrir la ley de Atenas, que en modo alguno podemos atenuar, la cual os condena a muerte o al voto de vida célibe. Vamos, querida Hipólita; ¿cómo os sentís, amada mía? Demetrio, y vos, Egeo, seguidme; tengo que confiaros una

misión en lo relativo a nuestras bodas y conferenciar con vosotros acerca de algo más inmediato, que os interesa personalmente.

EGEO. -Os seguimos, obedientes y gustosos.

(Salen TESEO, HIPÓLITA, EGEO, DEMETRIO y acompañamiento.)

LISANDRO. -¿Qué te pasa, amor mío? ¿Por qué palidecen tanto tus mejillas? ¿Cómo sus rosas se decoloran tan pronto?

HERMIA. -Presumo que por falta de lluvia, que podría regarlas sobradamente con la tormenta de mis ojos.

LISANDRO. -¡Ay de mí! Porque jamás he podido leer en conseja o en historia que se haya deslizado exenta de borrasca la corriente del amor verdadero, sino que unas veces lo motivó la diferencia de linaje...

HERMIA. -¡Oh, suplicio! ¡Encadenar lo encumbrado a lo humilde!

LISANDRO. -Otras la desproporción en la edad...

HERMIA. -¡Oh, desdicha! ¡Enlazarse la vejez con la juventud!

LISANDRO. -Otras la elección de los amigos...

HERMIA. -¡Oh, infierno! ¡Escoger amor con ojos extraños!

LISANDRO. -O si en la elección cabía simpatía, la guerra, la muerte, la enfermedad salen al paso, haciéndola momentáneamente como un eco, fugaz como una sombra, breve como un corto sueño, rápida como un relámpago en noche oscura que bruscamente ilumina cielo y tierra, y antes que el hombre tenga tiempo de decir «¡Mira!», las tinieblas le absorben con sus fauces. ¡Tan pronto en las cosas resplandecientes sobreviene la disipación!

HERMIA. -Pues si los verdaderos enamorados han padecido siempre contrariedades, será por decreto del Destino. Aprendamos, pues, a sobrellevar ese inconveniente con paciencia, toda vez que es una cruz habitual, tan propia del amor como los ensimismamientos, las ilusiones, los suspiros, los deseos y las lágrimas, triste séquito de la fantasía.

LISANDRO. -Prudente consejo. Por tanto, escúchame, Hermia: tengo una tía viuda, anciana muy opulenta y sin hijos. Su casa dista siete leguas de Atenas, y ella me considera como si fuese su hijo único. Allí, gentil Hermia, puedo casarme contigo, y en ese lugar no podrá perseguirnos la dura ley de Atenas. Si, en efecto, me amas, abandona mañana por la noche la casa de tu padre, y yo te aguardaré en el bosque, a una legua de la ciudad, en el

punto mismo donde te hallé una vez con Elena cuando ibais a celebrar los ritos de la aurora de mayo.

HERMIA. -¡Mi amado Lisandro! Te juro, por el arco más fuerte de Cupido, por su mejor flecha de punta dorada, por el candor de las palomas de Venus, por cuanto une las almas y ampara los amores y por aquel fuego que abrasaba a la reina de Cartago cuando vio al perjuro troyano huyendo a velas desplegadas; por todos los juramentos violados por los hombres -que alcanzan mayor guarismo que todas las promesas de mujeres-, mañana sin falta me uniré contigo.

LISANDRO. -¡Cumple tu promesa, amada mía! Mira, aquí viene Elena.

(Entra ELENA.)

HERMIA. -¡Dios guarde a la hermosa Elena! ¿Adónde te encaminas?

ELENA. -¿Hermosa me llamas? No vuelvas a decir eso de hermosa. ¡Demetrio es quien ama a la hermosura! ¡Oh, feliz hermosura! ¡Vuestros ojos son estrellas polares, y el trino de vuestras voces ofrece más dulzura que el canto de la alondra al oído del pastor cuando se hallan los trigos tan en cierno y asoman los capullos del espino! Las enfermedades son contagiosas. ¡Oh! Si lo fueran las gracias, se me pegarían las tuyas, hermosa Hermia, antes de dejarte. Mi oído adquiriría tu voz; mis ojos tus miradas; mi acento la suave melodía del tuyo. Fuera mío el mundo y, Demetrio exceptuado, daría todo lo demás por cambiarme contigo. ¡Oh, enséñame cómo hechizas y con qué arte diriges los impulsos del corazón de Demetrio!

HERMIA. -Le miro ceñuda y aún así me ama.

ELENA. -¡Oh, que pudieran aprender mis sonrisas la magia de tu ceño!

HERMIA. -Le echo maldiciones y, no obstante, me adora.

ELENA. -¡Oh, que pudieran mis súplicas obtener semejante cariño!

HERMIA. -Cuanto más le odio más me persigue.

ELENA. -Cuanto más le amo más me aborrece.

HERMIA. -Su pasión insensata no es culpa mía, Elena.

ELENA. -No, pero lo es de tu hermosura. ¡Ojalá fuera mía esa culpa!

HERMIA. -Consuélate: no volverá a ver mi rostro. Lisandro y yo vamos a abandonar estos lugares. Antes de conocer a Lisandro me parecía Atenas un paraíso. ¡Oh, cuánta felicidad residirá en mi amor, que ha convertido un cielo en un infierno!

LISANDRO. -Elena, os revelamos nuestros propósitos. Mañana a la noche, cuando Febe contemple su rostro argentino en el cristal de las ondas, engalanando con líquidas perlas las hojas del césped -hora siempre propicia a la fuga de los amantes- hemos resuelto transponer furtivamente las puertas de Atenas.

HERMIA. -Y allá en el bosque, donde tú y yo, reclinadas sobre humildes lechos de rosas, exhalábamos las dulces cuitas de nuestros corazones, nos reuniremos mi Lisandro y yo; y apartando de allí la vista de Atenas, buscaremos nuevos amigos y compañías extrañas. ¡Adiós, dulce compañera de mi niñez! ¡Ruega por nosotros, y que te depare la buena suerte a tu Demetrio! ¡Cumple tu promesa, Lisandro! Hasta mañana a la medianoche hemos de privar a nuestros ojos del alimento de los amantes.

(Sale HERMIA.)

LISANDRO. -Así ha de ser, Hermia adorada. ¡Adiós, Elena! Que os ame Demetrio en la medida que vos a él. (Sale.)

ELENA. -¡Cuánto más felices logran ser unos que otros! En toda Atenas se me tiene por su igual en hermosura, pero ¿de qué me sirve? Demetrio no lo cree así. Se niega a reconocer lo que todos, menos él, reconocen. Y así como él se engaña, fascinado por los ojos de Hermia, así yo me ciego, enamorada de sus cualidades. El amor puede transformar las cosas bajas y viles en dignas y excelsas. El amor no ve con los ojos, sino con el alma, y por eso pintan ciego al alado Cupido. Ni en la mente de Amor se ha registrado señal alguna de discernimiento. Alas sin ojos son emblema de imprudente premura, y a causa de ello se dice que el amor es un niño, porque en la elección yerra frecuentemente. Así como se ve a los niños traviesos infringir en los juegos sus juramentos, así el rapaz Amor es perjuro en todas partes. Porque antes de ver Demetrio los ojos de Hermia me granizó de juramentos, asegurándome que era sólo mío; y cuando esta granizada sintió el calor de su presencia, se disolvió, derritiéndose el chaparrón de votos. Voy a revelarles la fuga de la hermosa Hermia; no dejará de perseguirla mañana por la noche en el bosque; y por este aviso, con sólo que me dé las gracias habré recibido un alto precio. Pero bastará a mitigar mi pena el poder allá mirarle y retornar. (Sale.)

Escena II

EL MISMO LUGAR. APOSENTO EN CASA DE CARTABÓN.

Entran CARTABÓN, BERBIQUÍ, LANZADERA, FLAUTA, HOCICO y HAMBRÓN.

CARTABÓN. -¿Está aquí toda la compañía?

LANZADERA. -Sería mejor ir nombrando uno a uno con arreglo a la lista.

CARTABÓN. -He aquí la nota con el nombre de todos los que en Atenas se consideran aptos para trabajar en el entremés que ha de representarse ante el duque y la duquesa en la noche de sus bodas.

LANZADERA. -Primeramente, querido Pedro Cartabón, di de qué trata la obra; luego lee el nombre de los actores, y así nos entenderemos.

CARTABÓN. -Pues bien: representamos La muy dolorosa comedia y crudelísima muerte de Píramo y Tisbe.

LANZADERA. -Excelente pieza, ya lo creo, y muy divertida. Ahora, querido Pedro Cartabón, llama a los actores por orden de lista. ¡Señores, alinearse!

CARTABÓN. -Responded conforme os vaya llamando. ¡Colás Lanzadera, el tejedor!

LANZADERA. -Listo. Di qué parte me corresponde, y sigue.

CARTABÓN. -A ti, Colás Lanzadera, te ha tocado hacer de Píramo.

LANZADERA. -¿Qué es Píramo, un amante o un tirano?

CARTABÓN. -Un amante que se mata muy galantemente por amores.

LANZADERA. -Eso requiere ciertas lágrimas para su verdadera ejecución. Si corre a mi cargo, cuide el auditorio de sus ojos. Provocaré tormentas y me condoleré en la justa medida. Venga el resto. No obstante, mi fuerte es el tirano. Representaría a Hércules de un modo formidable o cualquier papel de rompe y rasga en que hiciera todo trizas.

Rechinan las rocas duras
y, retemblando inseguras,
romperán las cerraduras
de la lóbrega prisión.
Y la carroza solar,
que lejos ha de brillar,
hará a los hados dañar
trayendo la destrucción.

¡Esto es grandioso! Ahora sigue nombrando el resto de los actores. ¡He aquí el estilo de Hércules, el estilo del tirano! ¡Un amante es más sentimental!

CARTABÓN. -¡Francisco Flauta, el remiendafuelles!

FLAUTA. -¡Presente, Pedro Cartabón!

CARTABÓN. -Tú tienes que cargar con Tisbe.

FLAUTA. -¿Qué es Tisbe? ¿Caballero andante?

CARTABÓN. -¡Es la señora a quien debe amar Píramo!

FLAUTA. -No, a fe mía, no me deis papeles de mujer. Me está saliendo la barba.

CARTABÓN. -Eso no importa. Representarás con careta y podrás fingir la voz como gustes.

LANZADERA. -Si es cosa de ocultar el rostro, dejadme hacer también el papel de Tisbe. Musitaré con una vocecita afeminada: «¡Tisbe, Tisbe! ¡Ah, Píramo, amor mío! ¡Tu querida Tisbe! ¡Tu amorosa dama!»

CARTABÓN. -No, no; tú tienes que representar a Píramo, y tú, Flauta, a Tisbe.

LANZADERA. -Bueno, continúa.

CARTABÓN. -¡Ruperto Hambrón, el sastre!

HAMBRÓN. -¡Presente, Pedro Cartabón!

CARTABÓN. -Ruperto Hambrón: tú debes representar a la madre de Tisbe. ¡Tomás Hocico, el calderero!

HOCICO. -¡Presente, Pedro Cartabón!

CARTABÓN. -Tú al padre de Píramo; yo, al padre de Tisbe. Berbiquí, el ebanista: tú llevarás la parte del León! y con esto creo que estará bien distribuida la comedia.

BERBIQUÍ. -¿Tienes escrita la parte del León? Te ruego que me la des, si la tienes, porque aprendo despacio.

CARTABÓN. -Puedes improvisar, pues no tienes que hacer más que rugir.

LANZADERA. -¡Déjame que yo también represente al León! Rugiré de modo que dará gusto oírme. Rugiré de manera que haré decir al duque: «¡Que ruja otra vez! ¡Que ruja otra vez!»

CARTABÓN. -Lo harías con demasiada ferocidad, se espantarían la duquesa y las damas hasta el punto de dar gritos, y eso sería lo bastante para que nos ahorcaran a todos.

TODOS. -¡No quedaría hijo de madre sin ahorcar!

LANZADERA. -Os concedo, amigos, que si asustásemos a las damas hasta ponerlas fuera de sí, no hallarían cosa más discreta que ahorcarnos, pero yo apagaré mi voz de manera que os ruja como tierna palomilla. Os rugiré como si fuese un ruiseñor.

CARTABÓN. -No puedes representar más papel que el de Píramo; Píramo es un hombre simpático, un hombre tan apuesto como el que más en día de verano, un hombre en extremo amable y caballeroso. Por consiguiente, es necesario que tú representes a Píramo.

LANZADERA. -Bueno, pues me encargaré de él. ¿Qué barba será mejor para representarlo?

CARTABÓN. -¡Bah! La que quieras.

LANZADERA. -Llenaré mi cometido con tu barba color de paja, con la de color de naranja, con la de color de púrpura intenso o con la de color de la corona de Francia: enteramente amarilla.

CARTABÓN. -Algunas coronas francesas no tienen pelo alguno, y tendrías que representar calvo. Pero señores, he aquí vuestros papeles; os suplico, encarezco y recomiendo que los tengáis aprendidos para mañana por la noche y vayáis a buscarme, a la luz de la luna, al bosque de palacio, a una milla del pueblo. Allí ensayaremos, pues si nos reuniéramos en la ciudad, nos acosaría la gente y conocerían nuestro argumento. Mientras haré una lista de los adminículos necesarios para la representación. ¡No me faltéis, os ruego!

LANZADERA. -Allí nos reuniremos y podremos ensayar con más holgura y atrevimiento. Tómate esas molestias; hazlo bien; adiós.

CARTABÓN. -La cita es en la encina del duque.

LANZADERA. -Basta: herrar o quitar el banco. (Salen.)

. -

Acto segundo
Escena primera

UN BOSQUE CERCA DE ATENAS.

Entran por distintos lados un HADA y PUCK.

PUCK. -¡Hola, espíritu! ¿Hacia dónde vagas?

HADA. -Sobre el llano y la colina, entre arbustos y rosales silvestres, sobre el parque y el cercado, por entre el agua y el fuego; por todas partes vago más rápida que la esfera de la luna, y sirvo a la reina de las hadas para rociar sus círculos verdes. Las altas velloritas son sus predilectas. Veréis manchas en sus mantos de oro: son los rubíes, ofrendas de hadas; en sus motas rojizas residen sus perfumes. Allí debo buscar algunas gotas de rocío y prender

una perla en la oreja de cada prímula. ¡Adiós, tú, el más grave de los espíritus! Me voy. Nuestra reina y todo su séquito vendrán en seguida.

PUCK. -El rey celebra aquí sus fiestas esta noche. Cuida de que la reina no se presente ante su vista, pues Oberón está muy enfurecido contra ella porque lleva de paje a un hermoso doncel, robado a un monarca de la India. Jamás había tenido ella un cautivo tan encantador; y el celoso Oberón habría querido hacer al muchacho caballero de su séquito, para recorrer los bosques inaccesibles, pero ella retiene por la fuerza al amado mozalbete, le corona de flores y cifra toda su alegría en él. Y por eso ahora nunca se encuentran en gruta, pradera, clara fuente o a la brillante luz de las estrellas sin que se querellen de modo que todos sus duendes, llenos de miedo, se deslizan dentro de la corteza de las bellotas y se esconden allí.

HADA. -O me engaña en absoluto tu exterior, o tú eres ese duende maligno y despabilado que llaman Robin el Buen Chico. ¿No eres aquél que asusta a las mozas aldeanas, espuma la leche y, haciendo inútiles todos los esfuerzos del ama de casa, impide que la manteca cuaje y otras veces que fermente la cerveza? ¿No extravías a los que viajan de noche y te ríes de su mal? A los que te llaman Aparición y dulce Puck les adelantas el trabajo y les das buena ventura. ¿No eres tú ese?

PUCK. -Hablaste, hada, con acierto. Soy ese alegre rondador nocturno. Yo divierto a Oberón y le hago sonreír cuando atraigo a algún caballo gordo y bien nutrido de habas imitando el relincho de una yegua joven. Y a veces me acurruco en el tazón de una comadre, en forma de pero cocido, y cuando va a beber choco contra sus labios y hago derramar la cerveza sobre su marchito seno. La prudente tía, refiriendo un cuento triste, suele equivocarme con su banqueta de tres pies; entonces resbalo por entre su nalgatorio, ella da de bruces y grita: «¡Sastre!», y cae en un acceso de tos. Y al punto la concurrencia, apretándose los costados, ríe y estornuda y jura que nunca ha pasado allí hora más alegre. Pero ¡aléjate, hada, que aquí viene Oberón!

HADA. -Y también mi señora. ¡Ojalá él se marchara!

Entran por un lado OBERÓN, con su séquito, y por el otro TITANIA, con el suyo

OBERÓN. -Mal encuentro, por la luz de la luna, orgullosa Titania.

TITANIA. -¡Cómo! ¡El celoso Oberón! Hadas: saltemos de aquí; he renegado de su lecho y compañía.

OBERÓN. -¡Poco, a poco, jactanciosa coqueta! ¿No soy tu señor?

TITANIA. -Entonces, debo ser tu señora. Pero sé cuántas veces has abandonado el país de las hadas y, bajo la figura de Corino, has permanecido todo el día tocando la zampoña y entonando amantes versos a la amorosa Filis. ¿Por qué vienes aquí desde las más remotas estepas de la India? Sólo porque, de seguro, la intrépida Amazona, tu dueña en calzas, tu

guerrera amante, está próxima a unirse con Teseo y vienes a colmar su tálamo de goce y de felicidad.

OBERÓN. -¿Cómo puedes tener la insolencia, Titania, de echarme así en cara mi valimiento con Hipólita, conociendo como conozco tu amor por Teseo? ¿No fuiste tú quien, a la luz indecisa de la noche, le arrancó de entre los brazos de Perigona, a la que había raptado, y quien le hizo romper sus votos con la hermosa Egle, con Ariadna y Antíope?

TITANIA. -¡Ésas son invenciones de los celos! Que nunca, desde los albores del solsticio, de verano, nos vemos en montaña o valle, en bosque o en pradera, junto a la abrupta fuente, en la juncosa margen del arroyo o al borde de la costa marina para danzar nuestros corros al silbido del viento, sin que vengas a turbar nuestros juegos con tus alborotos. Por eso los aires, llamándonos en vano con su música, han absorbido, como en venganza, las nieblas contagiosas del mar, las cuales, cayendo sobre los campos, han llenado de tanta soberbia a los más humildes ríos, que han rebasado sus riberas. El buey ha jadeado por ello inútilmente bajo su yugo; el labriego, perdido su sudor, y el verde grano se ha podrido antes de lograr su tierna barba. El redil permanece vacío en el campo anegado y los cuervos se ceban en los rebaños muertos. La moresca de los nueve se halla cubierta de fango, y por falta de pisadas es imposible distinguir en la bulliciosa pradera el singular laberinto. Los mortales precisan aquí su invierno. Ya no se santifican las noches con cánticos ni villancicos. Por eso la luna, soberana de las ondas, pálida en su furor, humedece de tal modo los aires, que abundan las enfermedades reumáticas y, a favor de tan mala temperatura, vemos alteradas las estaciones. La cana escarcha cae en el fresco regazo de la encarnada rosa, y sobre la corona de hielo el yerto y vetusto invierno se pone como por burla una guirnalda de olorosos capullos. La primavera, el verano, el fértil otoño, el enojado invierno, cambian sus acostumbradas libreas; y el mundo, asombrado por esta progresión, no distingue tal de cual. Y esta misma progenie de males proviene de nuestras querellas y disensiones. Nosotros somos sus padres y engendrades.

OBERÓN. -Pues ponles tú remedio; de ti depende. ¿Por qué ha de empeñarse Titania en contrariar a su Oberón? Sólo pido un cautivo mozalbete para hacerle mi paje.

TITANIA. -Deja tu pecho en reposo. El país de las hadas sería insuficiente para comprarme ese niño. Su madre era una sacerdotisa de mi orden y, durante la noche, en el aire aromático de la India, hemos comadreado juntas muchas veces; y sentada a mi lado, en las amarillas arenas de Neptuno, se complacía en señalar sobre las ondas los traficantes veleros. Mientras nos reíamos al ver hincharse las velas y engrosar como si hubieran concebido al soplo del lascivo viento, ella -cuyo vientre atesoraba a la sazón a mi joven escudero- procuraba imitarlas con donaire y gentil ondulación. Y flotando sobre la tierra me traía bagatelas, y tornaba otra vez como de vuelta de un viaje, con rico cargamento. Pero mortal al fin, al dar a luz al niño, sucumbió; y yo, en memoria suya, educo al muchacho y, en memoria de ella, no me separaré de él.

OBERÓN. -¿Cuánto tiempo piensas permanecer en este bosque?

TITANIA. -Quizá hasta después de las bodas de Teseo. Si quieres bailar pacíficamente en nuestro corro y presenciar a la luz de la luna nuestras zambras, ven con nosotros; si no, déjame, que yo evitaré tus rondas.

OBERÓN. -Dame ese niño y partiré contigo.

TITANIA. -¡Ni por todo tu reino encantado! ¡Alejémonos, hadas! Si me quedo más tiempo vamos a reñir de veras.

(Sale TITANIA con su séquito.)

OBERÓN. -Bien, sigue tu camino. No saldrás de este bosque sin que te castigue por la ofensa. Ven acá, gentil Puck. ¿Te acuerdas de cuando, me senté en un promontorio y oí a una sirena, sobre el dorso de un delfín, entonar un aire tan armonioso y dulce que el turbulento Océano se apaciguó a su canto y determinadas estrellas se apartaron bruscamente de sus órbitas para escuchar la música de la virgen de los mares?

PUCK. -Me acuerdo.

OBERÓN. -En aquel mismo instante vi, sólo que tú no pudiste, que Cupido, completamente armado, volaba entre la fría Luna y la Tierra. Apuntó a cierta hermosa vestal, enronizada al Occidente y desató tan aguda su flecha amorosa de entre su arco, como si hubiera querido atravesar cien mil corazones. Pero pude advertir que la saeta furiosa del joven Cupido se extinguía en los húmedos rayos de la casta Luna, y pasó la imperial sacerdotisa en virginal meditación, libre y absorta. No obstante, observé donde cayó el dardo de Cupido: sobre una florecilla occidental, blanca ayer como la leche, ahora purpúrea con la amorosa herida, y a la que llaman las doncellas pensamientos. Tráeme esa flor; ya te mostré una vez la planta. Su jugo, exprimido en los dormidos párpados, basta para que una persona, hombre o mujer, se enamore perdidamente de la primera criatura viviente que vea. Tráeme esa planta y vuelve aquí antes que el leviatán nade una milla.

PUCK. -Puedo poner un cinturón a la Tierra en cuarenta minutos. (Sale.)

OBERÓN. -Una vez en posesión de este jugo, acecharé el momento en que Titania esté dormida y e verteré el licor sobre sus ojos. Entonces el primer objeto que se ofrezca a su vista, ya sea un león, un oso, un lobo o un buey, un mico travieso o un atareado mono, le perseguirá con el alma enamorada, y antes de que yo libre sus ojos del encanto, como puedo hacerlo con otra hierba, la obligaré a que me entregue su paje. Pero ¿quién viene? Soy invisible y puedo escuchar su conversación.

Entra DEMETRIO, siguiéndole ELENA.

DEMETRIO. -No te quiero; por tanto, no me sigas. ¿Dónde están Lisandro y la hermosa Hermia? Mataré al uno: la otra me mata a mí. Me has dicho que se habían refugiado en este

bosque, y aquí estoy, tronco entre tronco, porque no puedo hallar a mi Hermia. ¡Vaya, márchate y no me sigas más!

ELENA. -Tú me atraes, imán de corazón empedernido, pero no es hierro lo que atraes, pues mi corazón es fiel como el acero. Deja tu poder de atracción y no tendré poder para seguirte.

DEMETRIO. -¿Te pretendo yo? ¿Te llamo hermosa? O por el contrario, ¿no te digo claramente que no te amo ni puedo amarte?

ELENA. -Pues hasta por eso te amo más. Soy tu lebrel, y cuanto más me pegues, Demetrio, más te acariciaré. Trátame sólo como a tu lebrel; recházame, golpéame, olvídate, piérdeme; pero por indigna que sea, permíteme siquiera que te siga. ¿Qué sitio más humilde puedo implorar en tu amor, y sin embargo lo estimo muy alto, que el de ser tratada como tratas a tu perro?

DEMETRIO. -¡No exasperes demasiado el odio de mi alma, pues me pongo enfermo cuando te miro!

ELENA. -¡Y yo estoy enferma de no mirarte!

DEMETRIO. -Aventuras demasiado tu pudor al abandonar la ciudad y entregarte a merced de quien no te ama, exponiéndote a la oportunidad de la noche y a la mala inspiración de un lugar solitario con el rico tesoro de tu virginidad.

ELENA. -Tu honradez es mi escudo, porque para mí no es noche cuando contemplo tu rostro y, por tanto, no pienso que estoy en la noche. Ni falta a este bosque un mundo de sociedad, pues para mí eres el mundo entero. ¿Cómo, entonces, puede decirse que estoy sola cuando todo el mundo está aquí para mirarme?

DEMETRIO. -Huiré de ti y me ocultaré en las matas, dejándote al arbitrio de las fieras.

ELENA. -La más cruel no tiene un corazón como el tuyo. Huye cuando gustes; se cambiará la leyenda: Apolo huye y Dafne le da caza; la paloma persigue al gavilán; la mansa cierva se apresura a cazar al tigre. ¡Inútil prisa cuando la cobardía persigue y el valor huye!

DEMETRIO. -No quiero discusiones contigo; déjame ir; o si me sigues, ten por seguro que te ofenderé en el bosque.

ELENA. -Sí: en el templo, en el campo y en la ciudad me ofendes. ¡Qué vergüenza, Demetrio! Tus afrentas son un oprobio a mi sexo. Nosotras no disponemos de iguales armas que los hombres cuando luchamos por amor. No fuimos hechas para conquistar, sino para ser conquistadas.

(Sale DEMETRIO.)- Te seguiré y, haciendo un cielo de un infierno, moriré a manos de quien amo tanto.(Sale.)

OBERÓN. -Ve con Dios, ninfa; antes que salgas de esta espesura, tú huirás de él y él buscará tu amor. (Vuelve a entrar PUCK). -¿Traes ahí la flor? ¡Bien venido, espíritu errante!

PUCK. -Sí, aquí está.

OBERÓN. -Dámela, te suplico. Sé de un lindero donde crece el tomillo silvestre, donde se balancean las violetas y las primuláceas, doselado completamente por olorosas madreselvas, por fragantes rosas de almizcle y lindos escaramujos. Allí duerme Titania una parte de la noche, reclinada al arrullo de esas flores, entre danzas y regocijos, y allí se despoja la serpiente de su piel de esmalte, de medida suficiente para envolver a un hada. Y con el jugo de esta flor estregaré sus ojos y quedará llena de repugnantes fantasías. Coge tú un poco e inquiera en la espesura. Una bella dama ateniense está enamorada de un desdeñoso joven: unta sus ojos, pero hazlo de modo que sea la señora el primer objeto que haya de ver al despertar. Conocerás al hombre por el traje ateniense que lleva. Realízalo con el oportuno cuidado, a fin de que resulte quedar él más apasionado de ella que ella lo está de él. Y procura encontrarme antes del primer canto del gallo.

PUCK. -Estad tranquilo, señor. Vuestro súbdito lo hará así. (Salen.)

Escena II

OTRA PARTE DEL BOSQUE.

Entra TITANIA con su séquito.

TITANIA. -Vamos: ahora, una redondela y un canto hechiceresco; después, alejaos durante el tercio de un minuto: unas a matar los gusanos de los olorosos capullos de las rosas; otras a guerrear con los murciélagos, a fin de conseguir sus alas de cuero para hacer con ellas capisayos a mis pequeños duendes; y otras a mantener alejado al clamoroso búho, que lanza sus gritos en la noche y sobrecoge a nuestros vaporosos espíritus. Cantadme mientras me duermo; después, a vuestros oficios, y dejadme reposar.

LAS HADAS CANTAN

I

Manchadas sierpes de doble lengua,
espinosos erizos, no os dejéis ver;
orvetos y lagartijas,
no hagáis daño, no os acerquéis a la reina de las hadas.
Ruiseñor con suave acento
canta en nuestro dulce lalará;

lala, lala, lalará; lala, lala, lalará;
ningún perjuicio, encanto o maleficio
a nuestra amada dueña se aproximará;
así, pues, buenas noches con lalará.

II

Tejedoras arañas, no vengáis aquí;
¡fuera vuestras largas patas, fuera!
escarabajos negros, no permanezcáis cerca;
gusanos y caracoles, no dañéis.
Ruiseñor, con suave acento, etc...

HADA. -¡Huyamos, lejos! Ya está todo bien. Sólo una quedará de centinela.

(Salen las hadas. TITANIA se queda dormida.)

Entra OBERÓN y entrega la flor sobre los párpados de TITANIA.

OBERÓN. -Lo que mires cuando despiertes, eso tendrás por verdadero amor. Ama y languidece por ello. Ya sea onza, gato, oso, leopardo o jabalí de cerdas erizadas, ha de aparecer a tus ojos cuando despiertes como amante tuyo. Despierta cuando algo vil se aproxime.(Sale.)

Entran LISANDRO y HERMIA.

LISANDRO. -Amada mía: estás a punto de desmayarte a fuerza de vagar por el bosque y, a decir verdad, he perdido la senda. Si te parece bien, Hermia, descansaremos, aguardando la bienhechora luz del día.

HERMIA. -Sea, Lisandro; busca un lecho para ti, que yo reclinaré mi cabeza sobre esta linde.

LISANDRO. -Un mismo césped servirá a los dos de almohada. Un corazón, un lecho, dos pechos y una fe.

HERMIA. -No, buen Lisandro; por favor, por afecto, acomódate a más distancia; no reposes tan cerca.

LISANDRO. -¡Oh! Comprende, vida mía, el sentido inocente de mis palabras. Las pláticas de amor deben interpretarse amorosamente. Quiero decir que mi corazón está enlazado al tuyo de manera que ambos no forman sino uno: dos pechos unidos por un mismo juramento; que es tanto como decir dos almas en una simple fe. Luego no me niegues lecho a tu lado, pues no ofenderé tu lecho con el hecho.

HERMIA. -Lisandro juega el vocablo ingeniosamente. Hermia hubiera ofendido su educación y orgullo de haber pensado mal de Lisandro. Pero querido amigo, por cariño y cortesía, reposa un poco más lejos. El pudor exige esta separación, que tan bien cuadra a un honrado soltero y a una doncella. Por tanto aléjate, y buenas noches, dulce amigo. ¡Que tu amor no se entibie hasta el fin de tu preciada vida!

LISANDRO. -Amén, amén contesto a esa bella oración. Y que acabe, por tanto, mi vida donde concluya mi lealtad. (Se retira a poca distancia.) He aquí mi lecho. El sueño te brinde su completo reposo. (Duermen.)

Entra PUCK.

PUCK. -He recorrido la selva, pero no he hallado ateniense alguno en cuyos ojos pueda probar la eficacia de esta flor para suscitar una pasión amorosa... ¡Noche y silencio!... ¿Quién hay aquí? Lleva traje de Atenas. Éste es el que, según dijo mi señor, desdeña a la virgen ateniense. Y he aquí a la doncella, profundamente dormida, en la fangosa y húmeda tierra. ¡Alma encantadora! No se ha atrevido a reposar junto al desalmado y descortés caballero. (Estrega la flor sobre los párpados de LISANDRO.) Grosero: en tus ojos exprimo todo el poder de este encanto; cuando despiertes, que el amor prohíba al sueño sentarse sobre tus párpados. Despierta así que me haya ido, pues ahora debo marchar en busca de Oberón. (Sale.)

Entran DEMETRIO y ELENA, corriendo.

ELENA. -¡Detente, aunque me mates, querido Demetrio!

DEMETRIO. -Te ruego que te quedes y no me sigas así.

ELENA. -¡Oh! ¿Quieres abandonarme en medio de las tinieblas? No lo hagas.

DEMETRIO. -Detente, en bien tuyo. Quiero ir solo.

(Sale DEMETRIO.)

ELENA. -Estoy sin aliento bajo esta caza amorosa. Cuanto más ardiente es mi súplica, menos merced alcanza. Dichosa Hermia, dondequiera que esté, porque posee benditos y seductores ojos. ¿Qué es lo que los hace tan brillantes? No las acerbas lágrimas. De ser así, más lo estarían los míos, que se bañan más frecuentemente que los suyos. No, no; yo soy tan fea como un oso, pues las fieras que me encuentran huyen atemorizadas. Por consiguiente no es extraño que Demetrio huya de mi presencia como de la de un monstruo. ¿Qué pérfido espejo engañoso puede hacer que me compare con las refulgentes esferas de Hermia? Pero ¿quién hay aquí? No veo sangre ni herida. ¡Lisandro, buen caballero, si vivís, despertad!

LISANDRO (despertando). -¡Y me arrojaré al fuego por tu dulce amor! ¡Diáfana Elena! La Naturaleza ha desplegado en ti sus perfecciones, pues a través de tu pecho me deja ver tu corazón. ¿Dónde está Demetrio? ¡Oh! ¡Qué bien hacer que sucumba ese vil hombre al filo de mi espada!

ELENA. -No digáis eso, Lisandro; no lo digáis. ¿Qué importa que él ame a vuestra Hermia? ¡Señor! ¿Qué importa, mientras Hermia os ame a vos? Debéis estar contento.

LISANDRO. -¡Contento con Hermia! No; me arrepiento de los fastidiosos minutos que he pasado con ella. A Hermia, no, sino a Elena es a quien adoro. ¿Quién no cambiaría un cuervo por una paloma? La voluntad del hombre se gobierna por la razón, y la razón me dice que tú eres una doncella más digna. Las cosas no maduran hasta su estación; así yo, que era joven, hasta ahora no he tenido madura la razón. Desde este instante someto a la razón mi voluntad, que me guía hacia tus ojos, donde leo amorosas leyendas escritas en el más rico libro de amor.

ELENA. -¿Y he podido nacer para sufrir esta burla? ¿Cuándo he merecido de vos tales ironías? ¿No es bastante, joven, no es bastante que no haya obtenido jamás, no, ni pueda obtener de los ojos de Demetrio una benévola mirada, sino que, por ende, habéis de escarnecer mi insuficiencia? En verdad, me hacéis agravio, a fe que me lo hacéis al cortejarme de tan desdeñosa manera. Pero adiós en buena hora. Confieso que os creí un caballero dotado de más franca gentileza. ¡Oh! ¡Que una mujer rechazada por un hombre haya de ser insultada por otro! (Sale.)

LISANDRO. -No ve a Hermia. Duerme tú ahí, Hermia, y nunca te acerques a Lisandro. Pues así como el exceso de golosinas causa al estómago la más invencible repugnancia, y así como las herejías que los hombres abjuran por nadie son tan odiadas como por aquellos a quienes tanto engañaron, así tú, exceso y herejía mía, sé odiada de todos, pero más que de ninguno, de mí. Y que todas mis facultades consagren su poder y su amor a honrar a Elena y ser su caballero. (Sale.)

HERMIA (despertando). -¡Auxíliame, Lisandro, auxíliame! Haz cuanto puedas por arrancar esta serpiente que se desliza sobre mi seno! ¡Ay de mí! ¡Por piedad! ¡Qué pesadilla he tenido! ¡Mira, Lisandro, cómo tiemblo de espanto! ¡Soñé que una serpiente me devoraba el corazón, y que tú te sonreías, sentado, complaciéndote en su cruel presa!... ¡Lisandro!... ¡Cómo! ¿Desaparecido?... ¡Lisandro!... ¡Dios mío!... ¡Cómo!... ¿Fuera del alcance de la voz? ¿Se ha marchado?... ¿Ni un rumor? ¿Ni una palabra?... ¡Ay! ¡Habla, si me escuchas! ¡Habla, amor de los amores! ¡Casi me desvanezco de terror! ¡No! Luego bien comprendo que no estás cerca. ¡La muerte en seguida o que te halle inmediatamente! (Sale.)

Acto tercero
Escena primera

UN BOSQUE.

TITANIA reposa, dormida. Entran CARTABÓN, BERBIQUÍ, LANZADERA, FLAUTA, HOCICO y HAMBRÓN.

LANZADERA. -¿Estamos todos?

CARTABÓN. -Justo, justo; y he aquí un lugar maravillosamente a propósito para nuestro ensayo. Este césped nos servirá de escena; estas ramas de espino, de bastidores, y accionaremos como si estuviéramos en presencia del duque.

LANZADERA. -Pero Cartabón...

CARTABÓN. -¿Qué quieres, bravo Lanzadera?

LANZADERA. -Hay cosas en esta comedia de Píramo y Tisbe que no agradarán nunca. En primer lugar, Píramo ha de esgrimir la espada para matarse, lo cual no podrán soportar las damas. ¿Qué me respondéis?

FLAUTA. -¡Por vida de!... Justísimo temor.

HAMBRÓN. -Pienso que, bien considerado, conviene dejar fuera la matanza.

LANZADERA. -Nada de eso: tengo un recurso para arreglarlo todo. Escribidme un prólogo, y que ese prólogo dé a entender que no haremos daño a nadie con nuestras espadas y que Píramo sólo se mata en broma. Para mayor seguridad, decidles que yo, Píramo, no soy Píramo, sino el tejedor Lanzadera. Esto acallará su miedo.

CARTABÓN. -Pues bien: tendremos un prólogo de esa especie, y se escribirá en verso de ocho y de seis sílabas.

LANZADERA. -No; poned dos más: que se escriba en versos de ocho y ocho.

FLAUTA. -¿Y el león no espantará a las señoras?

HAMBRÓN. -Mucho lo temo, a fe mía.

LANZADERA. -Señores, reflexionadlo bien: llevar -¡Dios nos libre!- un león donde hay señoras es cosa terrible; porque no hay ave silvestre más feroz que el león vivo; y es menester que lo tengamos en cuenta.

FLAUTA. -Por tanto, hay que advertir con otro prólogo que el león no es león.

LANZADERA. -No basta. Será preciso que el actor encargado de este papel diga su nombre y que se las arregle de manera que a través del cuello del león deje ver la mitad de

su cara y diga esto o cosa parecida: «Señores, o hermosas señoras: os pido, o bien os ruego, o mejor os suplico, que no tengáis miedo, que no tembléis; os respondo de vuestra vida con la mía. Si creéis que es un león lo que tenéis delante, poco valdrá mi existencia. No, no hay nada de eso: soy un hombre tal y como los otros». Y entonces que diga su nombre y les haga saber con toda franqueza que es Berbiquí, el ebanista.

CARTABÓN. -Bien; se hará así. Pero todavía quedan dos dificultades graves: la primera es introducir en un aposento la luz de la Luna, porque ya sabéis que Píramo y Tisbe se encuentran al brillar de la Luna.

BERBIQUÍ. -¿Brillará la Luna la noche en que hayamos de representar la pieza?

LANZADERA. -¡Un almanaque, un almanaque! Mirad el almanaque; ved si habrá Luna; ved si habrá Luna.

CARTABÓN. -Sí, la Luna brillará esa noche.

LANZADERA. -Entonces será menester dejar abierta una ventana del gran salón en que representemos, y la Luna brillará a través del postigo.

CARTABÓN. -Sí; o si no que uno se presente con un manajo de zarzas y una linterna y diga que sale para figurar o representar el personaje de Claro de Luna. Y aún queda otra dificultad: hemos menester una pared en medio del salón, porque Píramo y Tisbe, según dice la historia, se hablaban a través de las grietas de un muro.

BERBIQUÍ. -Nunca podéis empujar un muro hasta el centro del escenario. ¿Qué dices, Lanzadera?

LANZADERA. -Fuerza será que alguien represente el Muro. Basta que tenga encima algunos emplastos de yeso, argamasa, arcilla o cal para figurar una pared, y que ponga los dedos abiertos así, para que, a través de los intersticios, Píramo y Tisbe se hablen en voz baja.

CARTABÓN. -Si puede hacerse de tal modo, todo irá bien. Vamos, siéntese cada hijo de su madre y a ensayar vuestros papeles. Comenzad vos, Píramo. Cuando hayáis terminado lo que habéis de decir, entrad en esta espesura; y así sucesivamente cada cual según su turno.

Entra PUCK por el foro.

PUCK. -¿Qué rústicos patanes son esos que están charlando a dos pasos del sitio en que reposa la reina de las hadas? ¡Cómo! ¿Van a representar una comedia? Pues asistiré como espectador, y aun haré de actor si se presenta la ocasión.

CARTABÓN. -Hablad, Píramo. Tisbe, acercaos.

PÍRAMO. -«Tisbe, la dulce flor es dolorosa».

CARTABÓN. -Olorosa, olorosa.

PÍRAMO. -«la dulce flor es olorosa».

Así es su aliento, mi bien idolatrado.
Pero, calla, ¡una voz!; espera, hermosa;
al instante retorno aquí a tu lado.

(Sale)

Puck. -Nunca vieron estos lugares un Píramo más extraño.

(Sale)

TISBE. -¿Me toca a mí hablar ahora?

CARTABÓN. -En efecto, pues Píramo no ha ido más que a saber la causa del ruido que ha escuchado, y va a volver.

TISBE. Radiantísimo Píramo, de tinte
aún más blanco que el lirio, y de color
como la rosa carmesí en su tallo,
activo y juvenil, joya adorable,
tan servicial y fiel como el caballo
que sigue su carrera infatigable.
Junto a ti me uniré en la tumba Nini.

CARTABÓN. -Tumba de Nino, hombre. Pero todavía no habéis llegado ahí. Este último verso forma parte de una respuesta que dais más adelante a Píramo. Decís el papel de carrerilla, sin aguardar la respuesta. Salid, Píramo; vuestra interlocutora ha quedado en estas palabras: «Su carrera infatigable».

Vuelven a entrar PUCK y LANZADERA. Éste con cabeza de asno.

TISBE. -¡Oh!... Tan servicial y fiel como el caballo que sigue su carrera infatigable.

PÍRAMO. Para ti solamente fuera, Tisbe,
si fuese hermoso...

CARTABÓN. -¡Oh monstruosidad! ¡Oh prodigio! ¡Estaros encantados! ¡Por favor, amigos! ¡Huyamos, señores! ¡Socorro!

(Salen los clowns.)

PUCK. -Aguardad un poco más, compadres, y os daré una lección. A través de matorrales y malezas, de helechos y de espinos, os perseguiré sin cesar. Ora en forma de caballo, ora de sabueso, de oso sin cabeza o de jabalí, o bien de fuego fatuo, me veréis más veloz que todos vosotros correr, y, me oiréis a vuestros alcances, rugiendo, ladrando, gruñendo, echando chispas y relinchando mejor, por cierto, que el oso montaraz, que el jabalí, que el sabueso o el caballo. (Sale.)

LANZADERA. -¿Por qué huyen así? Ésta es una bribonada suya para infundirme miedo.

Vuelve a entrar FLAUTA.

FLAUTA. -¡Oh, Lanzadera, cómo has cambiado! ¿Qué veo encima de tus hombros?
LANZADERA. -¿Qué ves? Una cabeza de asno sobre los tuyos, ¿no es verdad?

(Sale FLAUTA.)

Vuelve a entrar CARTABÓN.

CARTABÓN. -¡El Cielo te bendiga, Lanzadera; el Cielo te bendiga! ¡Estás transformado!

(Sale.)

LANZADERA. - Adivino su truhanada. Quieren, sin duda, hacerme pasar por asno; quieren espantarme, pero por más que hagan no me moveré de aquí. Voy a pasearme a mis anchas y echarme a cantar para demostrarles que no tengo miedo.

(Canta.)

Ni los mirlos de pico anaranjado,
negros como el hollín,
ni los tordos de acento acompasado,
ni el gorrión saltarín.

TITANIA (despertando). -¿Qué ángel me despierta en mi lecho de flores?

LANZADERA. Ni el cuclillo, la alondra y el pinzón,
a los que no se da contestación.

Y, en efecto, ¿quién quiere perder el tiempo contestando a tan necio avechucho? ¿Quién quiere dar un mentís a un pájaro, aun cuando grite cucú a quemarropa?

TITANIA. -Te ruego, gentil mortal, que cantes de nuevo; tus cantos han cautivado mi oído. Asimismo los ojos se han enamorado de tus formas, y la fuerza de tu brillante mérito me obliga a decirte, a jurarte que te amo.

LANZADERA. -Me parece, señora, que no tenéis motivo para ello. Pero a decir verdad, en el tiempo que vivimos, la razón y el amor rara vez van juntos. Es mucha lástima que algún vecino honrado no se proponga reconciliarlos. Ya veis cómo sé chancear cuando conviene.

TITANIA. -Eres tan cuerdo como hermoso.

LANZADERA. -No soy una cosa ni otra. Pero si tan sólo tuviese talento para salir de este bosque, creería tener lo suficiente para mi gasto.

TITANIA. -No desees salir de este bosque; te quedarás aquí, quieras o no. Soy un espíritu de orden superior. La primavera está a mis órdenes y yo te amo. Ven, pues, conmigo; te daré hadas Y genios para servirte; te irán a buscar joyas en el fondo del mar. Durmiéndote en un lecho de flores, mis cantos mecerán tu sueño; y de tal suerte purificaré los groseros elementos de tu naturaleza mortal, que tendrás la elasticidad de un espíritu aéreo. ¡ Chicharillo, Telaraña, Polilla, Mostaza!

Entran cuatro HADAS.

CHICHARILLO. -Aquí estoy.

TELARAÑA. -Y yo.

POLILLA. -Y yo.

MOSTAZA. -Y yo.

LAS CUATRO. -¿Adónde hemos de ir?

TITANIA. -Sed benévolos y corteses con este mortal; saltad y bailad en su presencia; nutridle de albaricoques y frambuesas, uvas moradas y verdosos higos maduros. Quitad a las abejas los dardos llenos de miel; recoged sus alvéolos impregnados de cera y haced con ella antorchas, que encenderéis en el ojo radiante de la luciérnaga para alumbrar a mi muy amado al levantarse y al acostarse. Y arrancad las alas multicolores de las mariposas para hacer un abanico que aparte de sus dormidos ojos los rayos de la Luna. Inclinaos ante él, silfos y rendidle homenaje.

CHICHARILLO. -¡Salve!...

TELARAÑA. -¡Salve!

POLILLA. -¡Salve!

MOSTAZA. -¡Salve!

LANZADERA. -Con toda sinceridad os doy mil gracias. ¿Qué nombre es el vuestro?

TELARAÑA. -Telaraña.

LANZADERA. -Me alegraré de trabar con vos más íntimo conocimiento, señor Telaraña; y si alguna vez me ocurre cortarme el dedo, me tomaré la libertad de recurrir a vos... ¿Vuestro nombre, honrado hidalgo?

CHICHARILLO. -Chicharillo.

LANZADERA. -Os ruego que tributéis mis respetos a la señora Calabaza, vuestra madre, y a vuestro padre el señor Guisante. Me alegraré también de cultivar vuestro conocimiento... ¿Vuestro nombre, señor, si os place?

MOSTAZA. -Mostaza.

LANZADERA. -Señor Mostaza, conozco perfectamente vuestra paciencia. Ese cobarde y gigantesco Rosbif ha devorado muchos vástagos de vuestra familia. Os aseguro, que los de vuestra raza me han hecho a menudo venir las lágrimas a los ojos. Mucho deseo cultivar vuestra amistad, señor Mostaza.

TITANIA. -Vaya, poneos a su servicio; llevadle a mi vergel. Me parece que la Luna nos mira con ojos húmedos; y cuando vierte lágrimas, todas las florecillas lloran también, llevando el luto de alguna virginidad forzada. Encadenad la lengua de mi muy amado; llevadle en silencio.

(Salen.)

Escena II

OTRA PARTE DEL BOSQUE.

Entra OBERÓN.

OBERÓN. -Ardo en impaciencia por saber si Titania ha despertado ya y cuál es la primera criatura que se ha ofrecido a su vista y de la cual forzosamente se habrá enamorado. (Entra PUCK.) Aquí está mi mensajero. Hola, espíritu burlón, ¿qué nueva nocturna corre ahora por este bosque encantado?

PUCK. -Mi señora está enamorada de un monstruo. Mientras cerca de su retiro sagrado y solitario pasaba la hora de su lánguido sueño, ha llegado una compañía de cómicos imbéciles, de groseros artesanos que trabajan para ganarse la vida en las tiendas de Atenas. Venían a ensayar una pieza que debe representarse el día de las bodas del insigne Teseo. El más necio de la estúpida cuadrilla, encargado del papel de Píramo, ha salido de escena y ha entrado en un matorral. Yo he aprovechado el momento para encasquetarle una cabeza de asno. Al tocarle el turno de volver a la escena para contestar a Tisbe, mi actor ha salido. Apenas le han visto los demás, cuando han huido, semejante al ánade silvestre que ha encontrado el ojo del cazador en acecho o a una bandada de chovas rojizas al escuchar la detonación del mosquete, que ora bajan, ora alzan el vuelo, y de pronto se dispersan y hienden los campos del aire con precipitado aleteo. Al ruido de mis pasos, cae de vez en cuando uno por tierra, gritando que lo asesinan y pidiendo socorro a Atenas. En su turbación, sus insensatos terrores se forjaron un enemigo de cada objeto inanimado. Los abrojos y espinas desgarraban sus vestidos: a éste la manga; a aquél el sombrero, que se apresuraban a abandonar. Mientras los cazaba de este modo, había dejado en el lugar de la escena al lindo Píramo en su metamorfosis, cuando Titania ha despertado y en seguida se ha enamorado de un jumento.

OBERÓN. -Esto sobrepuja mis esperanzas. Pero como te había ordenado, ¿echaste ya el jugo de la flor en los ojos del ateniense?

PUCK. -Lo atrapé dormido... Es también cosa hecha... Y la joven ateniense reposaba a su lado. De modo que, cuando él despierte, necesariamente habrá de fijarse en ella.

Entran DEMETRIO y HERMIA.

OBERÓN. -Permanece quieto; aquí está el ateniense en cuestión.

PUCK. -La dama es la misma, pero no así el galán.

DEMETRIO. -¡Oh! ¿Por qué rechazáis a quien os ama con tanto ardor? Regañad con quien os deteste, mas no con quien os adora.

HERMIA. -No te hago sentir más que mis desdenes, cuando podría tratarte peor, porque temo que me hayas dado motivos para maldecirte. Si es verdad que has muerto a Lisandro mientras se hallaba dormido, acaba, ya que tienes un pie en el crimen, acaba de hundirte en él y márame igualmente. No es el Sol más fiel al día que él lo es a mí. ¿Puedo creer que haya abandonado a Hermia dormida? Antes creería que la Tierra puede atravesarse de parte a parte y que la Luna, penetrando por esta abertura hasta los antípodas, podría venir en pleno día a perturbar con su marea los rayos de su hermano. Imposible es que no le hayas dado muerte. Tu cara, sombría y pálida, es, sin duda, la de un asesino.

DEMETRIO. -Es la de la víctima herida en el corazón por tu implacable crueldad y, sin embargo, tú, mi asesino, brillas con el esplendor de tu hermosura, tan bella y tan clara, como la lejana Venus allá en su fúlgida esfera.

HERMIA. -¿Qué tiene eso de común con mi Lisandro? ¿Dónde está? ¡Ah, buen Demetrio! ¿Quieres devolvérmelo?

DEMETRIO. -Preferiría dar a mis lebreles su cadáver.

HERMIA. -¡Vete lejos de mí, perro! ¡Lejos de mí, chacal! Tú me obligas a traspasar todos los límites y a perder la resignación de mi sexo. Dime: ¿le has muerto? ¡Sé para siempre borrado en la lista de los hombres! ¡Oh! Por piedad, dime, dime una vez la verdad: tú les has dado muerte mientras dormía, porque despierto no habrías osado mirarle a la cara. ¡Hazaña valerosa! Un gusano, una víbora podría hacer lo mismo. Es obra de una víbora. Jamás serpiente alguna hirió con dardo más envenenado que el tuyo, reptil.

DEMETRIO. -Tu furor te engaña: yo no soy culpable de la sangre de Lisandro, ni nada me prueba que haya muerto.

HERMIA. -¡Ah! Dime, te lo suplico, dime que vive sano y salvo.

DEMETRIO. -¿Qué recompensa sería la mía si pudiese afirmarlo?

HERMIA. -El privilegio de no volverme a ver nunca. Huyo de tu aborrecida presencia. Seas muerto o vivo, piensa en no verme jamás. (Sale.)

DEMETRIO. -No hay modo de seguirla en el estado de irritación en que se encuentra. Descansemos aquí algunos instantes. El dolor es más intenso cuando el sueño, deudor insolvente, se niega a satisfacernos su deuda. Si le aguardo, tal vez me pagará una pequeña partida a cuenta.

(Se tiende sobre el césped y se duerme.)

OBERÓN. -¿Qué has hecho? Te has equivocado completamente y has vertido el jugo amoroso en los párpados de un amante fiel; y de esa equivocación resultará por fuerza la mudanza de un amor sincero y no la de un amor falso.

PUCK. -Así lo mandan los destinos. Por un hombre fiel hay millones que son frágiles y aglomeran perjurios sobre perjurios.

OBERÓN. -Recorre el bosque más a prisa que el viento y haz de manera que halles a Elena de Atenas. Enferma de amor, con la palidez en las mejillas, exhala suspiros ardientes que alteran el frescor de su sangre. Con ayuda de algún encanto procura traerla aquí. Yo hechizaré los ojos de él antes de que ella llegue.

PUCK. -Voy, voy: vuelo más rápido que la flecha disparada del arco del Tártaro. (Sale.)

OBERÓN. -Flor de color de púrpura, herida por la saeta de Cupido, humedecer sus párpados. Cuando llegue su enamorada hazla resplandecer a sus ojos con el esplendor de

una luz viva y pura, como irradia la Venus del firmamento. Si tú, al despertar, joven enamorado, te ves alumbrado con su hermosura, pídele la recompensa.

Vuelve a entrar PUCK.

PUCK. -Capitán de nuestro bando hechiceresco; Elena en este instante se acerca, seguida del joven víctima de mi engaño, el cual le pide el premio de su amor. ¿Queréis que asistamos a esta ridícula escena? ¡Señor, qué locos son los mortales!

OBERÓN. -Ponte algo apartado; el ruido que va a producir despertará a Demetrio.

PUCK. -Entonces serán dos a cortejar a una mujer. Eso sólo será ya una diversión; y nada hay que me guste tanto como lo absurdo y extravagante.

Entran LISANDRO y ELENA.

LISANDRO. -¿Por qué os imagináis que sólo para burlarme os pido amor? La burla y la chanza no tienen lágrimas en los ojos; ved: lloro al hablaros, y eso es una prueba de la sinceridad de mis palabras. Todo en mí lleva el sello de la buena fe. ¿Cómo podéis ver en ello signos de desprecio?

ELENA. -Seguís la impostura con sumo talento. Cuando la verdad mata la verdad, ¡qué lucha a la vez más infernal y celeste! Esos homenajes pertenecen a Hermia. ¿Renunciáis a ella? Juramentos pesados con juramentos nada pesan. El homenaje que le tributabais y el que me ofrecéis ahora, puestos uno y otro en los platos de la balanza, tienen igual peso: los dos son tan leves como palabras al viento.

LISANDRO. -Había perdido la razón cuando le ofrecía mis homenajes.

ELENA. -Y la habéis perdido ahora que renunciáis a ella.

LISANDRO. -Demetrio la ama y no os ama a vos.

DEMETRIO (Despertando). -¡Oh, Elena, diosa, ninfa, perfección divina! ¿Con qué, amor mío, compararé tus ojos? El cristal, a su lado, es impuro y turbio. ¡Cómo atraen el beso tus labios, semejantes a dos guindas maduras y coloradas! La nieve pura y blanca de la cumbre del Tauro, que el viento de Oriente acaricia con su soplo, parece negra como la pluma del cuervo cuando levantas la mano. ¡Oh! Déjame besar esta maravilla de blancura, este sello de felicidad.

ELENA. -¡Oh, oprobio! ¡Oh, infierno! Os veo conjurados para hacer de mí el objeto de vuestras burlas. Si tuvierais alguna caballerosidad, alguna sombra de cortesía, no me insultaríais así. ¿No basta que me aborreczáis, como tengo la certeza? ¿Habéis de uniros, además, en cuerpo y alma para ridiculizarme? Si fueseis hombres, como lo anuncia vuestro exterior, no trataríais así a una dama inofensiva, no se os vería prodigar juramentos y

ensalzarme más de lo que alcanza mi mérito, cuando estoy cierta que me aborrecéis de todo corazón. Rivales los dos por vuestro amor a Hermia, rivalizáis en ardor para insultar a Elena. ¡Sublime hazaña! Heroica empresa la de conseguir con insolentes burlas que suban las lágrimas a los ojos de una pobre doncella. Ningún hombre de corazón noble ofendería así a una virgen, ni tornaría a juego el apurar su paciencia.

LISANDRO. -Vuestro proceder es poco generoso, Demetrio. Cesad de obrar así, ya que amáis a Hermia. No lo ignoro, bien lo sabéis, y aquí declaro con toda sinceridad que renuncio en favor vuestro todos mis derechos al amor de Hermia. Renunciad en favor mío a toda pretensión al amor de Elena, a quien amo y amaré hasta la muerte.

ELENA. -Jamás tuvieron los que se burlan un lenguaje más necio.

DEMETRIO. -Lisandro, guárdate tu Hermia; no la quiero. Si la amé, todo ese amor se ha apagado. Mi corazón no ha estado en ella más que de paso, como un huésped extranjero. Ahora se ha vuelto a Elena para fijarse en ella por siempre como en su morada natal.

LISANDRO. -Elena, eso no es verdad.

DEMETRIO. -No intentes rebajar unos sentimientos que no conoces, o teme pagar cara tu audacia... Ahí tienes a tu amante, que viene; ahí tienes a tu muy amada.

Vuelve a entrar HERMIA.

HERMIA. -¡Oscura noche que, suspendiendo las funciones de los ojos, haces al oído más dispuesto a recoger los sonidos; y debilitando el sentido de la vista doblas la agudeza del oído!... Mis ojos no te ven, Lisandro, pero el sonido de tu voz me ha guiado a ti... ¿Por qué tan duramente me has dejado?

LISANDRO. -¿Y por qué había de quedarse aquel a quien el amor impulsaba a marchar a otro sitio?

HERMIA. -¿Qué amor podía apartar a Lisandro del lado mío?

LISANDRO. -El verdadero amor de Lisandro; un amor que no le permitía quedarse: la hermosa Elena, este astro que ilumina la noche con una luz más viva que todos los globos inflamados, que todos los ojos de luz que resplandecen allí arriba. ¿Por qué me buscas tú? ¿No has debido comprender que el odio que te tengo me ha hecho dejarte?

HERMIA. -Tú no dices lo que piensas; eso no puede ser.

ELENA. -¡Mirad: ella también es de la conspiración! Ahora veo que se han entendido los tres para organizar contra mí ese pasatiempo cruel. Ultrajante Hermia, amiga ingrata, ¿has tramado tú, has preparado esta escena de irrisión infame para atormentarme? ¿Has olvidado acaso nuestra intimidad, nuestro cariño fraternal, las horas tan dulces que pasamos las dos juntas cuando acusábamos al tiempo de ágiles pies porque adelantaba demasiado el

momento en que debíamos separarnos? ¡Oh! Todo eso está olvidado, todo: la amistad de la infancia, la inocencia de la juventud. ¡Cuántas veces, Hermia, rivalizando con los activos genios, tejimos ambas con nuestras agujas una misma flor, trabajando ante el mismo modelo, sentadas en un mismo almohadón, cantando la misma canción en el mismo tono, como si nuestras manos, nuestros corazones, nuestras voces y nuestras almas hubiesen estado incorporadas! Así crecimos juntas, semejantes a dos cerezas mellizas, que se diría que están separadas, pero que un lazo común las une; dos simpáticas frutas modeladas sobre el mismo tallo. Así es como, con dos cuerpos visibles, no teníamos más que un solo corazón, lo mismo que en un blasón se ven dos cuarteles iguales, perteneciendo al mismo escudo y coronados con una sola cimera. ¿Y rompes el lazo de nuestro antiguo cariño y te unes a esos hombres para insultar a tu pobre amiga? Eso no es proceder como una amiga ni como una joven. No se dirige a mí sola esta injuria, sino a todo, nuestro sexo, por más que la sufra yo sola.

HERMIA. -Me asombran tus palabras apasionadas; yo no te insulto; antes me parece que tú me insultas a mí.

ELENA. -¿No has inducido a Lisandro a seguirme por burla y a que alabe mis ojos y mi cara? ¿No es también por instigación tuya que Demetrio, que no hace sino un momento me rechazaba con desprecio, me ha calificado de diosa, de ninfa, de divinidad, de maravilla adorable y celeste? ¿Por qué reniega Lisandro tu amor, tan firmemente arraigado en su alma, y por qué me ofrece sus homenajes sino por mandato y voluntad tuya? Si tengo en patrimonio menos gracia que tú, si arrastro menos amantes en pos de mí, si soy menos dichosa que tú en amor y si, al contrario, tengo la desdicha de amar sin ser amada, es un infortunio que debe excitar tu compasión antes que tu desprecio.

HERMIA. -No comprendo lo que quieres decir con eso.

ELENA. -Muy bien; sigue, finge tristeza. Hacedos señas entre vosotros cuando vuelvo la espalda; guiñaos uno a otro los ojos; continuad la burla; llevadla hasta el extremo; se hablará en el mundo de ella. Si tuvieseis un poco de humanidad, de honor o de cortesía, no me tornaríais por objeto de vuestras chanzas. Pero adiós. En parte es culpa mía; la muerte o la ausencia repararán pronto mi culpa.

LISANDRO. -Deteneos, amable Elena; escuchad mi justificación, amor mío, vida mía, mi alma, mi encantadora Elena.

ELENA. -¡Es admirable!

HERMIA. -(A LISANDRO.) Amigo mío, cesad de burlaros así de ella.

DEMETRIO. -Si vuestras súplicas no obtienen eso de él, yo sabré obligarle.

LISANDRO. -Tu fuerza no conseguirá más que sus súplicas. Tus amenazas son tan impotentes como sus ruegos... Elena: yo te amo; te amo, y lo juro por mi vida, por esta vida que estoy dispuesto a perder por ti. Juro que miente quien ose decir que no te amo.

DEMETRIO. -Y yo sostengo que te amo más que él pueda amarte.

LISANDRO. -Si eso sostienes, sígueme y pruébalo.

DEMETRIO. -¡Pronto, vamos!

HERMIA. -¿Qué quiere decir eso, Lisandro?

LISANDRO. -Atrás, etíope.

DEMETRIO. -¡Bah, bah! aparentas querer desasirte de Hermia, pero no vienes... Eres un hombre prudente, vamos.

LISANDRO. -(A HERMIA.) ¡Déjame, gata, paria! Vil engendro, déjame o te arrojó lejos de mí como se arroja una serpiente.

HERMIA. -¿Por qué tanta dureza? ¿Qué significa ese cambio, dulce amor mío?

LISANDRO. -¡Tu amor! Lejos de mí, tártara atezada. Lejos de mí repugnante medicina. Poción amarga y detestable, vete.

HERMIA. -¿Te chanceas?

ELENA. -Sí, en verdad, se chancea, y tú también.

LISANDRO. -Demetrio, te cumpliré mi promesa.

DEMETRIO. -Quisiera tener la seguridad, porque veo que se necesita poca cosa para detenerte. No creo en tu palabra.

LISANDRO. -¡Pues qué! ¿Será menester que hiera a esta mujer, que le pegue, que la mate? Aunque la aborrezco no quiero hacerla daño.

HERMIA. -¿Qué mayor mal puedes causarme que aborrecerme? ¡Aborrecerme! ¿Y por qué? ¡Ay! ¿Qué ha pasado, amor mío? ¿No soy yo Hermia? ¿No eres tú Lisandro? Soy hermosa hoy como lo era ayer. En el corto espacio de una noche me has amado y me has dejado. ¡Me has dejado! ¡Los dioses me libren de creer que es de veras!

LISANDRO. -Sí, ¡por mi vida!, y con la firme intención de no volverte a ver. Desecha en cuanto a eso toda especie de esperanza, de incertidumbre y de duda: tenlo por cierto: no es una chanza: nada es más cierto. Te detesto y adoro a Elena.

HERMIA. -¡Ay de mí!... ¡Y tú, impostora, gusano fatal oculto en el fondo del cáliz de las flores, ladrona de amor! ¿Es decir, que te has deslizado furtivamente en la sombra de la noche y me has robado el corazón de mi amante?

ELENA. -¡En verdad, esto es bonito! ¿Conque os habéis despojado de toda modestia, de todo pudor, de toda sombra de delicadeza? ¿Queréis arrancar a mi mansedumbre habitual un lenguaje de cólera? ¡Fuera, fuera, hipócrita, vil muñeca!

HERMIA. -¡Muñeca! ¿Por qué ese epíteto? ¡Ah! Ya comprendo. Has hecho una comparación entre tu estatura y la mía; has hecho valer tu elevada talla y, pavoneándote con esa ventaja, has logrado aventajarme. ¿Has conseguido su estimación por ser yo pequeña? ¿Conque te parezco pequeña, palo de cucaña? Respóndeme: ¿te parezco muy pequeña? Sin embargo no soy tan pequeña que mis uñas, no puedan llegar a tus ojos.

ELENA. -Os ruego, señores, que aunque hayáis formado el propósito de burlaros de mí, no la dejéis que me haga daño. Yo no soy mala: no entiendo nada de hacer mal. Soy una niña en punto a cobardía: no permitáis que me pegue. Tal vez creáis que porque es menor de estatura puedo habérmelas con ella.

HERMIA. -¡Menor! ¿Oís aún?

ELENA. -Buena Hermia, no seas mala conmigo. Yo te he querido siempre, Hermia; he guardado siempre fielmente tus secretos; jamás te he hecho daño? mi sola falta contigo consiste en haber revelado, impulsada por mi amor a Demetrio, tu huida al bosque. Él te ha seguido; el amor me ha llevado en pos de él, pero me ha rechazado lejos de sí; me ha amenazado con pegarme, echarme por el suelo y hasta matarme. Ahora, si queréis, me iré en paz. Voy a llevar mi loca pasión a Atenas y no os seguiré más. Dejadme ir. Ya veis qué sencilla y afectuosa soy.

HERMIA. -Pues bien, anda, ¿quién te detiene?

ELENA. -Un corazón insensato que dejo aquí al partir.

HERMIA. -¿Con quién? ¿Con Lisandro?

ELENA. -Con Demetrio.

LISANDRO. -No temáis, Elena; no os hará ningún daño.

DEMETRIO. -No, señor, no se lo hará, aunque tomases tú su partido.

ELENA. -¡Oh! Cuando se encoleriza es mala y astuta. Era ya una víbora cuando iba a la escuela y, aunque pequeña, es de temer.

HERMIA. -¡Todavía pequeña! ¡ Siempre menor y pequeña! ¿Sufriréis que se me insulte así? Dejadme sola con ella.

LISANDRO. -Aparta, enana, cabo de mujer, criatura raquítica, abalorio, bellota.

DEMETRIO. -Te muestras muy oficioso por una mujer que no acepta tus servicios. No te ocupes de ella; no hables de Elena; no tomes su defensa, pues si alguna vez tienes la presunción de manifestar por ella la menor familiaridad, me la pagarás cara.

LISANDRO. -Ahora no impera sobre mí; sígueme si osas, y veamos quién de los dos tiene más derecho al corazón de Elena.

DEMETRIO. -¿Seguirte? No, sino tu cara con mi rostro. (Salen LISANDRO y DEMETRIO.)

HERMIA. -Vos sois, señorita, la causa de todo este desbarajuste. No, no os vayáis.

ELENA. -No me fío de vos, y no me quedaré más tiempo en vuestra compañía. Vuestras manos, cuando se trata de llegar a los golpes, son más rápidas que las mías, pero cuando es cuestión de huir, mis piernas son más largas que las vuestras. (Sale.)

HERMIA. -Estoy asombrada y no sé qué pensar. (Sale.)

OBERÓN. -Ahí tienes el fruto de tu negligencia. Siempre cometes equivocaciones, cuando no juegas de intento malas pasadas.

PUCK. -Creedme, rey de las sombras, ha sido un error. ¿No me habéis dicho que conocerla al joven por su traje ateniense? En lo que he hecho estoy exento de censura, por cuanto son los ojos de un ateniense los que yo he hechizado con vuestro jugo. No siento el resultado, ya que las querellas de esa gente me han proporcionado una escena muy divertida.

OBERÓN. -Ya ves que los dos amantes buscan un paraje propicio para batirse. Apresúrate, pues, Robin; redobla la oscuridad de la noche. Cubre la bóveda estrellada de una densa niebla, de un vapor húmedo y negro como Aqueronte, y haz de manera que se extravíen esos rivales irritados sin que puedan encontrarse. Unas veces imita la voz de Lisandro y dirige a Demetrio burlas amargas; otras búrlate de Lisandro con una voz que le parezca de Demetrio. Aléjalos así uno de otro, hasta que el sueño, imagen de la muerte, ponga en su frente sus pies de plomo y sus alas de murciélago. Entonces exprimirás en los ojos de Lisandro el jugo de esta hierba, que tiene la propiedad de disipar toda ilusión que fascine la vista y devuelve a este órgano sus habituales funciones. Cuando despierten, toda esa broma les parecerá un sueño, una vana visión, y los amantes volverán a tomar el camino de Atenas, unidos con lazos que la muerte sólo podrá romper. Mientras cumples esta misión, yo voy a ver a la reina y pedirle su pequeño indio. Luego apartaré de sus ojos el hechizo que la impulsa hacia su monstruo y quedará restablecida la paz en todas partes.

PUCK. -Mi feérico señor, es necesario proceder a prisa. Porque ya los dragones de la noche hienden las nubes a todo vuelo y brillan allá abajo los primeros fulgores que anuncian la aurora: ya, a su aproximación, los espectros errantes vuelven en tropel a los cementerios; todos son almas que han tenido por sepulcro los caminos públicos o las olas y entran en su mortaja roída de gusanos. Temiendo que el día alumbre su oprobio, se

destierran voluntariamente de la luz y se condenan a vivir en consorcio con la sombría noche.

OBERÓN. -Pero nosotros somos espíritus de otra alcurnia. Con frecuencia me ha sucedido jugar con la amorosa aurora y recorrer como un guardabosque la espesura, hasta que la puerta de Oriente, brillando con un color rojo encendido se abría, derramando sobre Neptuno sus rayos bienhechores y cambiando en color de oro el tinte verdinegro de sus ondas. Sin embargo, apresúrate: no pierdas un instante, podemos acabar esta operación antes del día. (Sale OBERÓN.)

PUCK. -Llevémosles por valles y collados; no les dejemos un momento de reposo. Se me mete en la ciudad lo mismo que en el campo, en el llano y en la montaña... Conduceles, Goblin, arriba y abajo. Aquí tenemos uno que se acerca.

Vuelve a entrar LISANDRO.

LISANDRO. -¿Dónde estás, arrogante Demetrio? Responde ahora.

PUCK. -Aquí, villano. Con el acero desnudo y pronto. ¿Dónde estás?

LISANDRO. -Soy contigo al instante.

PUCK. -Sígueme, pues, a un terreno más llano.

(LISANDRO se aleja, como siguiendo la voz.)

Vuelve a entrar DEMETRIO.

DEMETRIO. -¿Lisandro, habla otra vez! Cobarde, fugitivo, ¿has huido? ¡Habla! ¿Estás en un zarzal? ¿Dónde ocultas la cabeza?

PUCK.- Tú eres el cobarde, que estás echando bravatas a las estrellas. Dices a los matorrales que no pides más que batirte y procuras no venir. Ven, bribón; ven, mozalbete; voy a azotarte con un bejuco. Es una mengua sacar la espada por ti.

DEMETRIO. -Pero ¿estás ahí?

PUCK. -Sigue mi voz. Este sitio no es a propósito para probar nuestro valor. (Salen.)

Vuelve a entrar LISANDRO.

LISANDRO. -Huye siempre delante de mí y no deja de provocarme. Cuando acudo al lugar de donde me llama, ya ha marchado. El villano es mucho más ligero de talones que

yo. He ido a prisa, pero él ha huido con mayor celeridad todavía y, por último, me he metido en un camino oscuro y accidentado. Descansemos aquí. (Se echa en el suelo.) Apresúrate a reaparecer, día benéfico; al punto que me muestres tu grisáceo fulgor, sabré hallar a Demetrio y vengarme de su insolencia. (Se duerme.)

Vuelven a entrar PUCK y DEMETRIO.

PUCK. -¡Ja, Ja, ja! Cobarde, ¿por qué no vienes?

DEMETRIO. -Aguárdame, si osas, pues no haces sino correr delante de mí, yendo de un punto a otro sin osar detenerte a pie firme ni mirarme cara a cara. ¿Dónde estás?

PUCK. -Ven aquí; aquí estoy.

DEMETRIO. -Vamos, te estás burlando, pero ya me las pagarás si alguna vez veo tu cara a la luz del día. Ahora vete adonde quieras. La fatiga me obliga a tenderme tan largo como soy en este húmedo lecho... Al acercarse el día, espérate y recibirás mi visita. (Se echa en tierra y se duerme.)

Vuelve a entrar ELENA.

ELENA. -¡Oh, noche fatigosa! ¡Oh, larga y pesada noche! ¡Abrevia tus horas! Brilla en Oriente, benéfica aurora, para que, lejos de los que detestan mi pobre compañía, me aproveche de la luz diurna para volver a Atenas... Y tú, sueño, que a veces vienes a cerrar los ojos del dolor, arráncame por algún tiempo de mi propia compañía. (Se tiende y duerme.)

PUCK. -¿Todavía no hay más que tres? Venga una más. Dos de cada sexo, y harán cuatro. Aquí llega la otra, indignada y triste. Cupido es un muchacho bien travieso cuando hace perder así la razón a las pobres

Vuelve a entrar HERMIA

HERMIA. -Nunca estuve tan cansada, nunca tan afligida. Empapada de rocío y rasgada por los abrojos, no puedo arrastrarme ni ir más lejos. Mis piernas se niegan a obedecer a mi voluntad. Descansemos aquí hasta que despunte el día. Si han de batirse, que el Cielo proteja a Lisandro.

(Se tiende en el suelo y queda dormida.)

PUCK. Reposa aquí, gentil enamorado
mientras ahora en tus ojos, hechicero,
vierto el jugo encantado.
(Vierte el jugo en los ojos de LISANDRO.)

Contempla al despertar tu bien amado,
recréate en su vista lo primero,
y el refrán quedará justificado:
Juan seguirá a su Juana;
no irá nada al revés,
y todo saldrá bien.

(Sale.)

Acto cuarto
Escena primera

EL BOSQUE.

LISANDRO, DEMETRIO, ELENA y HERMIA, dormidos. Entran TITANIA y LANZADERA, acompañados del cortejo de DUENDES y HADAS. OBERÓN, invisible, les sigue y observa a cierta distancia.

TITANIA. -Acércate, ven a sentarte en este florido lecho. Ven a que te acaricie las encantadoras mejillas, a que ponga rosas de almizcle en tu cabeza blanda y lisa y bese tus largas y hermosas orejas, suave deleite mío.

LANZADERA. -¿Dónde está Chicharillo?

CHICHARILLO. -Aquí.

LANZADERA. -Ráscame la cabeza, Chicharillo, ¿Dónde está monsieur Telaraña?

TELARAÑA. -Aquí estoy.

LANZADERA. -Monsieur Telaraña, buen monsieur, tomad las armas y matadme esa abeja de encarnados muslos que está posada en aquel cardo. Luego, mi buen monsieur, traedme su saco de miel. No os exaltéis demasiado en esa operación, monsieur y, sobre todo, querido monsieur, evitad cuidadosamente que la miel se derrame. No quisiera, signore, veros sepultado bajo las olas de miel... ¿Dónde está monsieur Mostaza?

MOSTAZA. -Aquí.

LANZADERA. -Dadme un apretón de manos, monsieur Mostaza. Nada de cumplimientos, buen monsieur.

MOSTAZA. -¿Qué puedo hacer para serviros?

LANZADERA. -Nada, buen monsieur, sino ayudar al calavery Chicharillo en su tarea de rascarme. Tengo que ir a casa del barbero, monsieur, porque tengo la cara muy peluda, y soy un asno tan nervioso que por poco que el pelo me pique tengo que rascarme.

TITANIA. -¿Quieres oír música, dulce amor mío?

LANZADERA. -En cuanto a música, tengo el oído bastante bueno. Dadme cencerros y matracas.

TITANIA. -O dime, amor mío, lo que deseas comer.

LANZADERA. -Francamente, un pienso de cebada, de cebada buena, bien seca. ¡Siento también una gran tentación de comer un haz de heno, de buen heno y muy succulento! No hay nada mejor.

TITANIA. -Tengo un duende muy ágil y corredor, que irá a buscar en el repuesto de la ardilla y te traerá nueces tiernas.

LANZADERA. -Preferiría un puñado o dos de habas secas. Pero os ruego digáis a vuestra gente que me deje en paz. Me siento con cierta disposición para dormir.

TITANIA. -Duerme, que yo te sostendré en mis brazos. Hadas, marchad a vuestros respectivos puestos. (Salen las HADAS.) Así se enlazan gentilmente los tallos de la madre selva olorosa: así rodea con dulzura la hiedra a la corteza del olmo, como la sortija del esposo estrecha el dedo de la novia. ¡Oh! ¡Cuánto te amo! ¡Cuánto te idolatro! (Duermen.)

Entra PUCK.

OBERÓN. -(Adelantándose.) Bien venido seas, buen Robin. ¿Ves este delicioso espectáculo? Ahora empiezo a sentir lástima de su locura. Porque habiéndola encontrado a la entrada del bosque recogiendo dulces, regalos para ese odioso imbécil, le he dirigido reproches y la he censurado agriamente. Había ceñido las sienes velludas de su amante con coronas de flores frescas y olorosas. Las gotas de rocío que hace poco irradiaban sobre los capullos como perlas de Oriente, parecían ahora en el fondo del cáliz de esas flores como otras tantas lágrimas que llorasen su propio envilecimiento. Cuando la hube reñido, y me imploró perdón en términos blandos y sumisos, le pedí su pajecillo. Me lo cedió al momento, y he dado a un hada suya la orden de llevarlo a un bosquecillo de mi imperio mágico. Ahora que me ha cedido el niño, voy a curar sus ojos de su abominable error. Y tú, gentil Puck, quita de la cabeza de ese rústico ateniense el disfraz que le transforma, para que, despertando como los otros, se vuelvan todos a Atenas sin haber conservado de los sucesos de esta noche otro recuerdo que la desagradable vejación de un sueño. Pero comencemos por romper el hechizo de la reina de las hadas.

(Se acerca a TITANIA y vierte en sus párpados el jugo de una flor.)

Sé como tú debes ser,
cobra tu anterior sentido;
pues que tiene tal poder,
y de su fuerza se ufana,
el capullo de Diana
sobre la flor de Cupido.

Vamos, querida Titania mía: Despierta, reina encantadora.

TITANIA. -(Despertándose.) ¡Mi querido Oberón! ¡Qué visiones he tenido! Me parecía que estaba enamorada de un asno.

OBERÓN. -Aquí está vuestro amor.

TITANIA. -¿Cómo ha sido eso? ¡Oh! ¡Cuánto aborrecen ahora mis ojos su figura!

OBERÓN. -Silencio por un instante. Robin, quítale esa cabeza. Titania, haced que suene la música y que sus acordes sumerjan los sentidos de estos cinco en un sopor más profundo que el sueño ordinario.

TITANIA. -¡Música! ¡Eh! ¡Música! Dadnos acordes que hechicen el sueño.

(Música.)

PUCK. -(Haciendo desaparecer la cabeza de asno de LANZADERA y volviéndole su forma natural.) Cuando despiertes, vuelve a ver con tus propios ojos de imbécil.

OBERÓN. -¡Música! ¡Tocad! (Pausa, música.) Venid, Titania; dadnos la mano e imprimamos a la tierra donde están tendidos estos durmientes un temblor que los meza. Ahora nos hemos reconciliado vos y yo; mañana, a medianoche, bailaremos en el palacio del duque Teseo solemnes danzas e invocaremos sobre su casa toda suerte de venturosas dichas. Allí también se enlazarán, al propio tiempo que Teseo, esas dos parejas de amantes fieles, con general regocijo.

PUCK. -Rey de las hadas, escucha; ya canta la alondra matinal.

OBERÓN. -Entonces, reina mía, sigamos en profundo silencio a las sombras de la noche. Nosotros podemos dar la vuelta al globo más a prisa que la Luna errante.

TITANIA. -Vamos, señor; y, durante nuestro vuelo, decidme cómo ha podido ser que yo me haya visto esta noche durmiendo sobre la tierra con simples mortales. (Salen. Suenan a lo lejos cuernos de caza.)

Entran TESEO, HIPÓLITA, EGEO y acompañamiento.

TESEO. -Que vaya uno de vosotros a buscar al guardabosque. Ya hemos cumplido con nuestros ritos; y como todavía es temprano, quiero que mi muy amada oiga el concierto de mis lebreles. Soltadlos en el valle occidental; id...; despachad, digo, y traedme al momento al guardabosque... Ahora, vamos, bella reina, a la cumbre de la montaña, y desde allí prestaremos oído a la confusión armoniosa de los perros y del eco reunidos.

HIPÓLITA. -Cierta día me encontré con Hércules y con Cadmo, cuando cazaban el oso en un bosque de Creta con perros de Esparta. Nunca he oído más alegre bullicio: no solamente la selva, sino también el cielo, las fuentes y todos los campos de las cercanías parecían confundirse en un mutuo acento. Jamás he oído disonancia tan musical, estruendo más armonioso.

TESEO. -Mis sabuesos son de la raza de Esparta; tienen ancha la garganta y rojo el pelo; sus orejas colgantes barren el rocío de la mañana; tienen las piernas arqueadas y una papada como los toros de Tesalia. Son lentos en perseguir, pero sus ladridos parecen tañidos de campana. Nunca en Creta, Esparta o Tesalia dieron las trompas señal de un concierto más armónico. Juzgadlo cuando lo oigáis... Pero silencio. ¿Qué ninfas son éstas?

EGEO. -Señor, ésta es mi hija aquí dormida, y éste Lisandro; este otro es Demetrio; también está Elena, la hija del anciano Nedar. Me sorprende hallarlos aquí reunidos.

TESEO. -Sin duda se han levantado muy de mañana para cumplir con los ritos del mes de mayo y, enterados de nuestros proyectos, han venido a unírseos aquí para dicha solemnidad. Pero decidme, Egeo, ¿no es hoy cuando Hermia debe daros la respuesta acerca de la elección de esposo?

EGEO. -Sí, mi señor.

TESEO. -Id y mandad a los cazadores que los despierten al sonido de las trompas...

(Se oyen gritos dentro, y luego el eco de las trompas. DEMETRIO, LISANDRO, HERMIA y ELENA despiertan sobresaltados y se levantan.)

Buenos días, amigos. Ha pasado ya el día de San Valentín. ¿Las aves del bosque no comienzan a emparejarse hasta hoy?

LISANDRO. -Perdón, señor.

(LISANDRO y los demás hincan la rodilla delante de TESEO.)

TESEO. -Alzaos, os lo ruego. Sé que vosotros dos sois enemigos y rivales. ¿De qué proviene ese maravilloso acuerdo? ¿Cómo es que el odio, despojándose de toda amargura envidiosa, duerme al lado del odio, sin temer ningún acto de hostilidad?

LISANDRO. -Señor: no sé qué responderos, en el asombro en que estoy, medio dormido y medio despierto. Os juro que no puedo deciros cómo he venido aquí. Pero si no me engaño -pues quisiera decir la verdad-, llegué aquí con Hermia. Nuestro proyecto era huir de Atenas para ponernos fuera del alcance de sus leyes.

EGEO. -(A TESEO.) Basta, basta, mi señor; habéis oído lo bastante: reclamo contra él la aplicación de la ley... La ley sobre su cabeza. Querían huir; se habrían burlado; querían robaros, Demetrio, a vuestra esposa y hacer nula mi firme voluntad de daros la mano de mi hija.

DEMETRIO. -Señor: la hermosa Elena me reveló su fuga y la intención que les llevaba a este bosque. Con furor los he seguido, y el amor ha llevado también a Elena en pos de mí. Yo no sé cómo ha sido, señor; fuerza es que haya sido obra de algún poder misterioso, pero mi amor a Hermia se ha derretido como la nieve. Su recuerdo, para mí, no es más que el de un vano juguete por el que un niño se entusiasma. Y ahora, el único objeto de mi pasión y todos los afectos de mi alma, el único placer de mis ojos, es Elena. A ella, señor, estuve prometido antes de ver a Hermia. Yo la desdeñaba como un enfermo desdeña los alimentos; pero con la salud he vuelto a mi gusto natural, y ahora la deseo, la amo, suspiro por ella y mi corazón le será siempre fiel.

TESEO. -Felizmente hallados, dichosos amantes. Ya nos contaréis después los pormenores de esa aventura... Egeo, es preciso que vuestra voluntad se doblegue ante la mía. Quiero que hoy estas dos parejas sean, al mismo tiempo que nosotros, unidas con eterno lazo. Como la mañana está ya muy adelantada, dejaremos nuestro proyecto de caza. Venid con nosotros a Atenas; no habrá para las tres parejas más que una sola y común solemnidad. Vamos, Hipólita. (Salen TESEO, HIPÓLITA, EGEO y el acompañamiento.)

DEMETRIO. -Estas aventuras se me presentan como en confusa lejanía, lo mismo que esas montañas que de lejos se convierten en nubes.

HERMIA- Diríase que una ilusión de óptica me engaña y que veo las cosas dobles.

ELENA. -Tal siento yo también. Demetrio me parece como una joya que hubiese encontrado, que es mío y no es mío a la par.

DEMETRIO. -¿Estáis bien seguros de que nos hallamos despiertos? Algo me dice que dormimos, que soñamos todavía... ¿No creéis que el duque estaba aquí hace poco y que nos ha dicho que le siguiéramos?

HERMIA. -Sí, y también mi padre.

ELENA. -E Hipólita.

LISANDRO. -Y nos invitó a acompañarle al templo.

DEMETRIO. -He aquí lo que prueba que estamos despiertos. Sigámosles, y andando nos contaremos nuestros sueños. (Salen.)

LANZADERA. -(Despertando.) Cuando me toque el turno, llamadme y responderé. Mi turno ha de venir después de estas palabras: «Mi hermoso Píramo.» ¡Eh! ¡Hola! ¡Pedro Cartabón? ¡Flauta, remiendafuelles! ¡Hocico, calderero! ¡Hambrón! ¡Dioses me asistan! ¿Pues no se han ido todos, dejándome dormido? He tenido la visión más maravillosa. He tenido un sueño... Todas las facultades del hombre no bastarían a decir lo que es este sueño. Si lo intentara explicar sería un asno. Me ha parecido que era...; nadie en el mundo podrá decir qué. Me ha parecido que tenía... Pero fuera necio de remate el hombre que tuviese la pretensión de decir lo que me ha parecido que tenía. Los ojos del hombre no han oído, ni los oídos del hombre han visto, ni la mano del hombre podría gustar, ni su lengua concebir, ni su corazón expresar lo que era mi sueño. He de hacer que Pedro Cartabón componga una balada sobre este sueño. Se titulará «El sueño del tejedor», porque es un tejido de maravillas, y la cantaré delante del duque al final de nuestra representación. Es posible que la cante después de mi muerte, para darle más gracia. (Sale.)

Escena II

ATENAS. -APOSENTO EN CASA DE CARTABÓN.

Entran CARTABÓN, FLAUTA, HOCICO y HAMBRÓN.

CARTABÓN. -¿Se ha enviado aviso a casa de Lanzadera? ¿Ha vuelto ya?

HAMBRÓN. -No saben nada de él. Sin duda está embrujado.

FLAUTA. -Si no viene, ¡Adiós comedia! No se podrá hacer, ¿no es verdad?

CARTABÓN. -No es posible. No hay en toda Atenas hombre capaz de representar a Píramo como él.

FLAUTA. -No; es sencillamente el talento más desarrollado de entre los artesanos atenienses.

CARTABÓN. -Y también el mozo más guapo; su voz no admite piragón en el mundo.

FLAUTA. -Querréis decir parangón, porque, ¡Dios nos libre de ello!, el piragón es un bichejo asqueroso.

Entra BERBIQUÍ.

BERBIQUÍ. -Señores: El duque llega en este momento, del templo, acompañado de dos o tres señoras y damas que se han casado al mismo tiempo que él. Si hubiésemos podido representar nuestra diversión, nuestra fortuna estaba hecha.

FLAUTA. -¡Oh! Bravo Lanzadera, te has perdido una renta de seis peniques diarios para toda tu vida. Era imposible que no le concediesen seis peniques diarios. Sí; el duque le habría dado una renta de seis peniques diarios por haber hecho el papel de Píramo; y si no es así, que me ahorquen. Los habría merecido; seis peniques diarios o nada por hacer el papel de Píramo.

Entra LANZADERA.

LANZADERA. -¿Dónde están esos muchachos? ¿Dónde están esas almas mías?

CARTABÓN. -¡Lanzadera! ¡Oh día grandioso! ¡Hora afortunada!

LANZADERA- Señores: Tengo que deciros cosas asombrosas, pero no me preguntéis lo que es, pues si os lo digo no soy un verdadero ateniense. Os lo diré sin omitir nada, exactamente como ha pasado.

CARTABÓN. -Cuéntanos, amable Lanzadera.

LANZADERA. -Nada sacaréis de mí. Sabréis tan sólo que el duque ha comido ya. Id a caracterizaros; ataos bien las barbas; poneos cintas nuevas en los escafpines y reuníos en seguida en palacio; repase cada cual su papel, pues lo blanco y lo negro de la cuestión es que nuestro drama va a representarse. En todo caso, que Tisbe lleve ropa blanca y que el encargado del papel de león no se recorte las uñas, pues harán las veces de garras de la bestia. Y todos vosotros, queridos actores, habéis de procurar no comer cebollas ni ajos, porque importa que tengamos la palabra dulce, y así no dudo que oiremos decir que nuestra pieza es la flor y nata de las comedias. Ni una palabra más. Marchemos, adelante. (Salen.)

Acto quinto
Escena primera

ATENAS. -APOSENTO EN EL PALACIO DE TESEO.

Entran TESEO, HIPÓLITA, FILOSTRATO, señores y acompañamiento.

HIPÓLITA. -Es muy extraño, querido Teseo, lo que cuentan esos amantes.

TESEO. -Más extraño que verídico. No podré nunca dar crédito a esas antiguas fábulas ni a esas diversiones mágicas. Dejemos a los amantes y a esas imaginaciones ardientes, a esas extravagantes fantasías que ven más allá de lo que la razón puede percibir. El loco, el amante y el poeta son todo imaginación; el uno, el loco, ve más demonios de los que el infierno puede contener; el amante, no menos insensato, ve la belleza de Elena en la frente

de una gitana; la mirada del ardiente poeta, en su hermoso delirio, va alternativamente de los Cielos a la Tierra y de la Tierra a los Cielos; y como la imaginación produce formas de objetos desconocidos, la pluma del poeta los personifica y les asigna una morada etérea y un nombre. Los caprichos de una imaginación alucinada son tales, que si le ocurre a ésta sentir un acceso de alegría, encarga a un ser de su creación que sea el portador; o si en la noche se forja algún miedo, ¡con cuánta facilidad toma un zarzal por un oso!

HIPÓLITA. -Pero todo cuanto nos han contado de esa noche, la transfiguración de las facultades intelectuales de esas distintas personas, dan testimonio de que hay en ello algo más que imágenes de la fantasía y toma gran consistencia la relación. Mas como quiera que fuere, es extraño y admirable.

Entran LISANDRO, DEMETRIO, HERMIA y ELENA.

TESEO. -Aquí vienen los amantes, ebrios de felicidad y de alegría. Felicidad, gentiles amigos! ¡Felicidad y risueños días de amor acompañen a vuestros corazones!

LISANDRO. -¡Más que a nosotros, acompañen a vuestros regios pasos, a vuestra mesa y lecho!

TESEO. -Veamos ahora: ¿Qué mascarada, qué baile tendremos para pasar esta eternidad de tres horas que media entre el cenar y el acostarse? ¿Dónde se halla el director ordinario de nuestras fiestas? ¿Qué diversiones hay a mano? ¿No hay ninguna comedia para distraer el fastidio de esta hora de tortura? Llamad a Filostrato.

FILOSTRATO. -Aquí estoy, poderoso Teseo.

TESEO. -Dime: ¿De qué pasatiempo dispones para esta noche? ¿Qué mascarada? ¿Qué música? ¿Cómo engañaremos al perezoso tiempo sino con alguna diversión?

FILOSTRATO. -Aquí tengo una lista de los regocijos preparados. Vuestra alteza escogerá el que debe ir primero. (Dándole un papel.)

TESEO. -La batalla de los centauros, cantada al arpa por un eumuco ateniense. No querernos nada de esto. Ya lo he referido a mi amada en honor de mi pariente Hércules. La sublevación de las ebrias bacantes, desgarrando en su furia al cantor de Tracia. Ése es un tema anticuado, que fue puesto en escena cuando volví de Tebas victorioso. Las tres veces tres Musas, condolidas por la muerte del Saber, fallecido recientemente en la miseria. Eso es alguna sátira acerba y punzante, que no cuadra bien con una ceremonia nupcial. Breve y enojosa escena del joven Píramo y su amante Tisbe. Sainete muy trágico. ¡Broma y trágica! ¡Enojosa y breve! Esto es, hielo caliente y nieve negra. ¿Cómo concordaremos estas disonancias?

FILOSTRATO. -Es una pieza, señor, que apenas pasará de diez palabras, cosa la más breve que conozco en punto a representaciones. Pero así y todo, señor, con diez palabras es demasiado extensa, lo que la hace fastidiosa, porque en toda ella no hay palabra oportuna ni

actor adecuado. Y es trágica, a no dudar, noble señor, pues en ella se suicida Píramo. Por lo que, cuando vi el ensayo, confieso que se me humedecieron los ojos. Pero a fe que jamás las lágrimas provocaron risa tan alegre.

TESEO. -¿Quiénes son los que representan esto?

FILOSTRATO. -Hombres rudos; menestrales de aquí, de Atenas, que jamás ejercitaron la mente y que ahora han recargado su rústica memoria con semejante pieza en homenaje a vuestro casamiento.

TESEO. -Y que los veremos representar.

FILOSTRATO. -No, noble señor; no es digno de vos. He oído la obra y no es nada, nada de particular; a menos que os divierta su buena voluntad, el sobrehumano esfuerzo y la crudelísima labor que se han echado a cuestras para serviros.

TESEO. -Quiero oír esa representación, porque nada me parece mal cuando lo inspiran la llaneza y el deber. Ve a traerlos, y tomad asiento, señoras. (Sale FILOSTRATO.)

HIPÓLITA. -No gusto de ver fracasar a la desgracia ni sucumbir, humillado, al deber.

TESEO. -¡Cómo, dulce amada mía! No veréis semejante cosa.

HIPÓLITA. -Dice que no son capaces de hacer nada aceptable en este género.

TESEO. -Mayor será nuestra bondad al darles las gracias por nada. Nuestra diversión consistirá en advertir sus disparates, pues cuando el buen deseo es impotente para agradar, el recto juicio busca la intención, no el mérito. Adondequiera que fui, las mayores eminencias me recibieron con bienvenidas premeditadas; les he visto temblar y palidecer, atascarse en medio de las frases, ahogar en su temor sus acostumbrados acentos y, en conclusión quedar mudos, no dándome bienvenida alguna. Pues, dulce prenda, ese mismo silencio constituía para mí la bienvenida más cordial; y en su lealtad sencilla y temerosa leía yo más que pudiera expresar la lengua bulliciosa de una eminencia audaz e impertinente. Por ello el amor y la muda sencillez, a mi juicio, se entienden más cuanto menos hablan.

Vuelve a entrar FILOSTRATO.

FILOSTRATO. -Con permiso de Vuestra Gracia, el Prólogo está dispuesto.

TESEO. -Avísale que entre.

(Trompetería festiva.)

Entra CARTABÓN, haciendo de PRÓLOGO.

PRÓLOGO. Si os ofendernos, es con nuestra mejor intención.
Eso debéis pensar, que no venimos a ofender,
sino de buena voluntad. Mostrar nuestro deseo de serviros,
he aquí el verdadero principio de nuestro fin.
Considerad, pues, que no venir a cansaros.
Sería no venir a complaceros,
nuestro verdadero intento. En obsequio de vuestro deleite.
No hemos venido aquí para enfadaros.
Los actores están dispuestos; y por sus muestras
sabréis cuanto os gustaría saber.

TESEO. -Este mozo no se para en puntos.

LISANDRO. -Ha pasado por su prólogo como un potro desbocado: no conoce parada.
Excelente enseñanza, señor; no basta hablar, sino hablar con propiedad.

HIPÓLITA. -Verdaderamente, ha ejecutado su prólogo como un niño en un caramillo:
notas, pero sin compás.

TESEO. -Su discurso parecía una cadena deslabonada; no faltaba ningún anillo, pero
todos en desorden. ¿Qué sigue ahora?

Entran como en pantomima, PÍRAMO y TISBE, MURO, CLARO DE LUNA y LEÓN.

PRÓLOGO. Amable auditorio, quizá os admiréis de esta pantomima;
pero admiraos hasta que la verdad lo esclarezca todo.
Este hombre es Píramo, si queréis saberlo;
y esta bella señora es Tisbe, a no dudar.
Este hombre lleno de cal y toscamente caracterizado representa el Muro,
ese vil Muro que separaba a los amantes.
Y a través de las grietas del Muro, pobrecillos, se contentaban
con cuchichear, cosa de que nadie ha de asombrarse.
Este hombre, con su linterna, perro y un haz de espinos,
representa el Claro de Luna; porque, si lo queréis saber,
estos amantes no desdeñaron hallarse bajo un claro de luna
junto al sepulcro de Nino, para allí, allí galantearse.
Esta fiera alimaña, cuyo supremo nombre es León,
asustó o más bien espantó
a la fiel Tisbe, que de noche fue la primera en llegar;
y, como huyera hizo caer su manto,
que el vil León manchó con su sangrienta boca.
En seguida llega Píramo, bello y arrogante mozo,
y halla el manto de su fiel Tisbe ensangrentado.
Con lo cual, con su acero, con su culpable y sanguinario acero,

se atraviesa el hirviente y purpúreo corazón.
Y Tisbe, escondida a la sombra de un moral
desenvaina su daga y se da muerte. En cuanto a lo demás,
el León, el Claro de Luna, el Muro y ambos amantes
os lo contarán por extremo, en tanto permanezcan aquí.

(Salen el PRÓLOGO, PÍRAMO, TISBE, LEÓN y CLARO DE LUNA.)

TESEO. -¡Me asombra que hable el León!

DEMETRIO. -No hay que asombrarse, señor; un león puede hacer lo que hacen tantos
asnos.

EL MURO. En este mismo intermedio acontece
que yo, Hocico de nombre, represento un muro,
y un muro exactamente, quisiera que os imaginarais,
cuya pared tiene una grieta o agujero,
por entre la cual los amantes Píramo y Tisbe
charlan a menudo muy secretamente.
Esta cal, esta argamasa y piedra representan que soy el propio muro;
tal es la verdad; y por estas aberturas, a derecha e izquierda,
cuchichean los amantes temerosos.

TESEO. -¿Querríais que la cal y la peluca se expresaran mejor?

DEMETRIO. -Es la relación más ingeniosa que he escuchado en mi vida, señor.
TESEO. -Píramo se acerca al muro. ¡Silencio!

Vuelve a entrar PÍRAMO.

PÍRAMO. ¡Oh, noche espantosa! ¡Oh, noche de color tan negro!
¡Oh, noche, que lo eres cuando no es de día!
¡Oh, noche! ¡Oh, noche! ¡Ay, ay, ay!
Tengo miedo de que Tisbe olvide su promesa.
¡Y tú, oh, muro! ¡Oh, dulce, amado muro!
Que te alzas entre el terreno de su padre y el del mío.
¡Oh, muro; oh, muro! ¡Oh, dulce y adorado muro!
Muéstrame tus grietas para a través de ti echar una mirada.

(El MURO extiende sus dedos.)

¡Gracias, cortés muro! ¡Protéjate Júpiter por esto!

Pero ¿qué atisbo? ¡Que no está Tisbe atisbo!
¡Oh, malvado muro, por entre el cual no veo la dicha!
¡Malditas sean tus piedras que así me han engañado!

TESEO. -Puesto que el Muro está dotado de palabra, debiera maldecirle a su vez.

PÍRAMO. -No por cierto, señor; no debiera hacerlo. «Me han engañado» es el apunte de Tisbe. Ella entra ahora y yo he de expiar por entre el muro. Ya lo veréis: ocurrirá todo exactamente como lo he dicho. Ahí viene.

Vuelve a entrar TISBE.

TISBE. ¡Oh, muro! ¡Cuántas veces has oído mis lamentos por tenerme separada de mi hermoso Píramo! Mis labios de cereza han besado tus piedras a menudo, tus piedras con cal y pelo entretejidas.

PÍRAMO. Veo una voz. Ahora voy a la abertura a espiar para poder oír el rostro de mi Tisbe.
¡Tisbe!

TISBE. ¡Amor mío! Eres mi amor, presumo.

PÍRAMO. Presume lo que quieras. Yo soy la gracia de tu amor; y, como «Limandro», siempre te soy fiel.

TISBE. Y yo, como Elena, hasta que los Hados me asesinen.

PÍRAMO. No fue Sáfalo tan fiel a Procro.

TISBE. Pues yo te soy tan fiel como Procro a Sáfalo.

PÍRAMO. ¡Oh! ¡Bésame por entre el agujero de esta vil pared!

TISBE. Beso el agujero del muro; pero no tus labios por completo.

PÍRAMO. ¿Quieres encontrarme en seguida en el túmulo de Nino?

TISBE. En vida o muerte voy sin dilación.

(Salen PÍRAMO y TISBE.)

EL MURO. Así, yo, Muro, he desempeñado ya mi parte, y habiéndose ésta concluido, se retira el Muro.

(Sale.)

TESEO. -Ahora está caída la muralla entre los dos vecinos.

DEMETRIO. -No había otro remedio, señor, cuando hay paredes que oyen sin avisar.

HIPÓLITA. -Ésta es la tontería más grande que he oído jamás.

TESEO. -Las mejores obras de este género no son sino fantasías, y las peores no son lo peor si la imaginación las enmienda.

HIPÓLITA. -Entonces, a tu imaginación se debe y no a la de ellos.

TESEO. -Si imaginamos de ellos lo que ellos de sí propios imaginan, pasarán por personas excelentes. Aquí llegan dos nobles bestias: un hombre y un león.

Entran el LEÓN y CLARO DE LUNA.

EL LEÓN. Vosotras, señoras, vosotras, cuyos tímidos corazones amedrenta el monstruoso ratoncete que se arrastra por el piso, tal vez pudierais temblar aquí y estremeceros cuando ruge colérico un león salvaje. Por tanto, debéis saber que yo, Berbiquí el ebanista, no soy ni león feroz, ni siquiera leona; porque, si viniese como león de veras a este lugar, no habría compasión para mi vida.

TESEO. -He aquí una bestia humilde y de mucha conciencia.

DEMETRIO. -Es la bestia más grande que he visto, Señor

LISANDRO. -Por su valor, este león es un verdadero zorro.

TESEO. -Cierto; y por su discreción, un ganso.

DEMETRIO. -No, señor, pues su valor no aventaja a su discreción como el zorro al ganso.

TESEO. -Seguro estoy de que su discreción tampoco aventaja a su valor, como el ganso al zorro; pero está bien; dejémosle a su discreción y oigamos a la Luna.

LUNA. Esta linterna representa los cuernos de la Luna.

DEMETRIO. -Debiera llevar los cuernos sobre su cabeza.

TESEO. -No está en creciente, y por eso los cuernos van invisibles dentro de su disco.

LUNA. Esta linterna representa los cuernos de la Luna; yo mismo al hombre de la Luna me asemejo.

TESEO. -He aquí el mayor error de todos. Este hombre debiera introducirse en la linterna. ¿Cómo, si no, va a ser el hombre de la Luna?

DEMETRIO. -No, entra allí de miedo a la vela; pues miradle ya encendido.

HIPÓLITA. -¡Ya estoy cansada de esta Luna; quisiera que mudara!

TESEO. -A juzgar por la escasa luz de su inteligencia, parece que está en menguante, pero por amabilidad y cortesía, dejémosle acabar su giro.

LISANDRO. -Prosigue, Luna.

LUNA. -Todo lo que tengo que decir es que la linterna es la Luna: yo, el hombre de la Luna; este manojito de espinos, mi manojito de espinos, y este perro, mi perro.

DEMETRIO. -Pues todo ello debiera introducirse en la linterna, porque está en la Luna. Pero ¡silencio! Aquí viene Tisbe.

Vuelve a entrar TISBE.

TISBE. Ésta es la tumba del vetusto Nino. ¿Dónde está mi amor?

EL LEÓN. -(Rugiendo.) ¡Oh!...

(TISBE huye.)

DEMETRIO. -¡Bien rugido, León!

TESEO. -¡Bien huida, Tisbe!

HIPÓLITA. - ¡Bien alumbrado, Luna! Verdaderamente, la Luna ha brillado con mucha gracia.

(El LEÓN destroza el manto de TISBE y sale.)

TESEO. -¡Bien roído, León!

DEMETRIO. -Y luego llega Píramo.

LISANDRO. -Y con esto, el león desaparece.

Vuelve a entrar PÍRAMO.

PÍRAMO. ¡Dulce Luna, gracias por tus rayos solares!
Gracias, Luna, que brillas ahora con tanto fulgor,
pues con tus graciosos, dorados y chispeantes torrentes
confío saborear la mirada de la muy fiel Tisbe.
Mas detengámonos, ¡oh desgracia!
Pero observemos, ¡pobre doncel!
¡Qué horroroso espectáculo!

¿Ojos, veis?
¿Cómo puede ser esto?
¡Ánade encantadora! ¡Oh, amada mía!
Tu delicado manto,
¡cómo! ¡Manchado de sangre!
¡Acercaos, vosotros, infernales Furias!
¡Oh, Hados, venid, venid;
cortad hilos y estambres;
cortad hilos y estambres;
agostad, aplastad, concluid y matad!

TESEO. -Este arrebató de pasión y la muerte de una querida amiga casi podrían poner triste a cualquiera.

HIPÓLITA. -Subleva mi corazón, pero compadezco a ese hombre.

PÍRAMO. ¡Oh! ¿Por qué forjaste al león, Naturaleza?
Pues que un león mancilló aquí a mi amada,
que es -¡no, no!- que era la dama más hermosa
que amó, vivió, gustó y puso alegre rostro.
 ¡Venid, lágrimas, destruidme!
 ¡Sal, espada, y hiere
 la tetilla de Píramo!
 ¡Sí, la tetilla izquierda,
 bajo la cual late el corazón!
 ¡Así muero! ¡Así, así, así!

(Se hiere.)

Ya estoy muerto,
ya me evaporé,
mi alma está en el Cielo.
Lengua, pierde tu fuego!
¡Luna, márchate luego!

(Sale CLARO DE LUNA.)

¡Ahora muero, muero, muero, muero, muero!

(Muere.)

DEMETRIO. -¡La muerte se ha dado! Y como el dado puede ser un as...

LISANDRO. -As... no es; muriose; ya no es nada.

TESEO. -Con ayuda de un cirujano, podría aún quedar sano y al transformarse resultar as-no.

HIPÓLITA.- ¿Cómo es que el Claro de Luna se marcha antes que vuelva Tisbe y encuentre a su amante?

TESEO. -Ya lo hallará a la luz de las estrellas. Aquí viene, y su desolación dará fin a la obra.

Vuelve a entrar TISBE.

HIPÓLITA. -Me parece que no será muy larga para semejante Píramo. Espero que acabará pronto.

DEMETRIO. -Una paja haría inclinar la balanza entre cuál es mejor, si Píramo o Tisbe. Él, como hombre, ¡Dios nos ampare! Ella, como mujer, ¡Dios nos asista!

LISANDRO. -¡Ya le ha visto con sus dulcísimos ojos!

DEMETRIO. -Y ella se lamentará así, videlicet:

TISBE. ¿Duermes, amor mío?
¿Cómo, muerto, amor mío?
¡Oh, Píramo, levántate!
¡Habla, habla! ¿Estás mudo?
¡Muerto, muerto! ¡Una tumba
debe cubrir tus lindos ojos!
¡Esos labios de lirio, esa nariz de cereza,
esas mejillas de amarillenta retama
se han ido, se han ido!
¡Gemid, amantes! ¡Sus ojos eran verdes como los puerros!
¡Oh, Parcas,
venid, venid a mí,
con manos pálidas como la leche!
Teñidas de coágulos,
ya que habéis cortado
con vuestras tijeras su hilo sedoso!
¡Lengua, ni una palabra más!
¡Ven, fiel espada!
¡Ven, hoja, enváinate en mi pecho!

(Se hierde.)

¡Y adiós, amigos;
así acaba Tisbe;
adiós, adiós, adiós!

(Muere.)

TESEO. -El Claro de Luna y el León se quedan para enterrar los muertos.

DEMETRIO. -Sí, y el Muro también.

LANZADERA. -Os aseguro que no. El muro que separaba la casa de sus padres fue derribado. ¿Deseáis ver el epílogo, o preferís un baile bergomasquino, bailado por dos cómicos de nuestra compañía?

TESEO. -Epílogo, no, por favor; vuestra pieza no necesita excusa. Nada de excusas, pues cuando todos los cómicos están muertos, no hay a quien echar la culpa. Caramba, si el autor hubiera representado a Píramo y se hubiera ahorcado con una liga de Tisbe, habría resultado una magnífica tragedia; y con todo lo es, verdaderamente, y muy bien desempeñada. Pero vamos, vengan esos bergomasquinos; dejad el epílogo a un lado.

DANZA. La lengua de hierro de la medianoche ha dado las doce.
Amantes, al lecho; es casi la hora de las hadas.
Temo que durmamos hasta muy entrada la mañana,
que esta noche ha sido larga nuestra vela.
Esta grotesca farsa ha acelerado
el paso perezoso de la noche. Queridos amigos, a dormir.
Dos semanas celebraremos nuestra solemnidad
con fiestas nocturnas y deleites nuevos.

(Salen.)

Escena II

Entra PUCK.

PUCK. Ahora ruge el león hambriento
y el lobo ladra a la Luna;
mientras ronca el cansado labrador
abrumado bajo su ruda tarea.
Ahora crepitan los últimos tizones,
mientras el búho chillando agudamente,
trae al desgraciado que yace en la congoja
la remembranza del sudario.
Ésta es la hora de la noche
en que las tumbas abren del todo sus rugientes bocas
para vomitar cada una su espectro,
que se desliza por el sendero del camposanto.
Y nosotros, los tragos, que seguimos
las huellas del triple carro de Hécate,
para huir de la presencia del Sol,
acompañando a las tinieblas como un sueño,

bromeamos ahora. Ni un ratón
perturbará esta casa consagrada.
Me han enviado delante, escoba en mano,
para barrer el polvo detrás de la puerta.

Entran OBERÓN y TITANIA con sus séquitos.

OBERÓN. Que brille la casa con luz indecisa
junto a la lumbre medio apagada.

Cada duende y espíritu encantado
salte tan ligero como ave sobre el zarzal.

Y siguiéndome después,
canten y dancen jocosamente.

TITANIA. Primero, ensayad vuestro cántico,
acompañando cada palabra con melodioso trino.

Mano en mano, con gracia hechicera,
cantaremos y bendeciremos este sitio.

(Canción y danza.)

OBERÓN. Ahora, hasta rayar el día,
que cada hada vague por este hogar a su capricho.

Nosotros iremos a nuestro mejor lecho nupcial,
el cual bendeciremos;

y la familia allí procreada
siempre será venturosa.

Así, todas las tres parejas
se tendrán fidelidad de amor.

Y las manchas de manos de Naturaleza
no prenderán en su línea.

Ni granos, ni hocico de liebre, ni cicatrices,
ni señal prodigiosa, como tantas
hacen aborrecer el nacimiento,
se mostrarán en sus hijos.

Con este rocío campestre consagrada,
cada hada se ponga en movimiento
y bendiga las divinas habitaciones
de este palacio con dulce paz.

Reinará mansa quietud
y el dueño será bendito.

Idos lejos; no os detengáis;
nos encontraremos al rayar el día.

(Salen OBERÓN, TITANIA y el séquito.)

PUCK. Si nosotros, vanas sombras, os hemos ofendido,
pensad sólo esto y todo está arreglado:

que os habéis quedado aquí durmiendo
mientras han aparecido esas visiones.

Y esta débil y humilde ficción

no tendrá sino la inconsistencia de un sueño;
amables espectadores, no nos reprendáis;
si nos concedéis vuestro perdón, nos enmendaremos.
Y, a fe de honrado Puck,
que si hemos tenido la fortuna
de escaparnos ahora del silbido de la serpiente,
procuraremos corregirnos lo antes posible.
De lo contrario, llamad a Puck embustero.
Así, pues, buenas noches a todos.
Dadme vuestras manos, si es que somos amigos,
y Robin os restituirá indemnizándoos.

(Sale.)

FIN

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como **[voluntario](#)** o **[donante](#)** , para promover el crecimiento y la difusión de la **[Biblioteca Virtual Universal](#)**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **[enlace](#)**.

